

La Ilustración Artística

Año XXI

BARCELONA 9 DE JUNIO DE 1902

Núm. 1.067

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA LECCIÓN DE BANDOLÍN, cuadro de Pablo Thomas

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tomo segundo de la presente serie, que lo forma la preciosa pastoral ó novela de Bernardino de Saint-Pierre

PABLO Y VIRGINIA

primorosamente traducida por el inspirado poeta y notable literato D. Melchor de Paláu, quien, como dice en el prólogo con que encabeza su traducción, ha procurado «no ser despota ni esclavo, y conciliar el genio de la lengua castellana con el particular del autor, cuyo estilo cortado difiere no poco de la rotundidad periódica que caracteriza á nuestros clásicos.»

Esta famosísima y con razón encomiada novela, de la cual ha dicho D. Juan Valera «que en ella el pudor y el espiritualismo en los amores se levantan inmensamente por encima de lo que se pinta en *Dafnis y Cloe*,» va ilustrada con once preciosas láminas y más de cien primorosos grabados intercalados, dibujados unos y otras por Mauricio Leloir; está lujosamente encuadrada con una cubierta alegórica, composición de Triadó, y por sus condiciones, tanto literarias y artísticas cuanto materiales, figurará indudablemente entre las mejores publicadas en nuestra Biblioteca.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Después de las fiestas*, por Emilia Pardo Bazán. — *La flor que llora (Historia inverisimil)*, por Alejandro Larrubiera. — *Sueño de amor (Poema)*, por Rafael Ruiz López. — *Visperas sicilianas. — Recuerdos de Espronceda*, por J. Gestoso y Pérez. — *Larra y Rosales. — Viaje de M. Emilio Loubet á Rusia*, por C. B. — *Nuestros grabados. — La dote de Pascualina*, novela ilustrada (continuación). — *El servicio de perros para los heridos en la guerra. Experiencias de la Cruz Roja en Alemania, en Holanda y en Italia. — Chimenea de fábrica en madera. — Nuevo servicio de París á Londres. Los ferrocarriles más rápidos del mundo.*

Grabados. — *La lección de bandolín*, cuadro de Pablo Thomas. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *La flor que llora*. — *Visperas sicilianas*, cuadro de Domingo Morelli. — *Sueño de amor*, cuadro de F. Obiols Delgado. — *Espronceda en su lecho mortuario*, boceto del natural por Francisco Cutiérez. — Cinco grabados referentes al viaje de M. Emilio Loubet á Rusia. — *La ofrenda*, cuadro de Eugenio Buland. — *Acostando al niño*, cuadro de Mlle. Isabel Nourse. — *D. Clemente Figueras. — Panteón de la Sociedad Española de Socorros Mutuos de Ayacucho, provincia de Buenos Aires.* — El servicio de perros para los heridos en la guerra (tres grabados). — *Chimenea de fábrica en madera. — Efecto de sol en una huerta*, cuadro de Gonzalo Bilbao.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DESPUÉS DE LAS FIESTAS

Ya desmontan las tribunas, enrollan las percalinas, guardan en el almacén de accesorios los figurones de cartón... Ya se puede hablar francamente de las fiestas, sin «perjudicar» al comercio ni á la industria, ni á nada perjudicable. — Es tiempo: las fiestas han durado bastante, lo suficiente para que todas las deficiencias hayan resaltado y se hayan estimado los aciertos; la hora de la crítica ha venido. ¿Que es estéril? ¿Que es crítica de asno muerto y de cebada al rabo? No. Es la manifestación de la experiencia que sale á la pluma; es el sedimento que ha quedado en nosotros y sube á la superficie un instante, para volver á depositarse en la memoria y dejarnos útiles avisos que recordaremos cuando vuelva la ocasión. En las bodas reales, verbigracia, que mucha gente considera próximas, pues para los monarcas se adelanta todo, todo madruga, como si sus fuerzas físicas é intelectuales fuesen distintas y superiores á las de los demás hombres nacidos de mujer.

* *

Empezando por la parte decorativa, diré que es difícil desacerar más. La Carrera de San Jerónimo, especialmente, fué la nata y flor del desatino. Hubo una manada de osos de cartón, con su madroño correspondiente, que tuvieron que emigrar de los mástiles donde se ostentaban, corridos por la rechifla del respetable público. Pero al recogerse al cubil estas fieras quedaron otras, una manada de leones que parecían gatos tísicos, trepando por una pared en busca de sustento. Alternaban con los leones palmeras de guardarropa, y la estrecha calle donde se agolpa el gentío madrileño presentaba, confesémoslo, el aspecto más desastroso que cabe imaginar. Cierta arco, inferior á cuantos telones se ven en los teatros por horas, agravaba la situación, y si yo soy

el joven rey, lo que es bajo tal arco no me convenen de que pase ni frailes teatinos.

* *

Las iluminaciones, en cambio, muy bonitas y alegres. En este particular, la luz eléctrica ha venido á resolver el problema. Con luz eléctrica no hay iluminación fallida. Ni el viento ni el agua la estropean. *Ce n'est pas bien malin*, como dicen nuestros vecinos. — Y sin embargo, hay quien echa de menos otra cosa, la arcaica y grave iluminación de hachones de cera, que todavía algunas casas aristocráticas conservaron, pero que ya parece funeraria y doliente como una elegía, ante esas vivas seguidillas de notitas rojas, anaranjadas y verdes. La calle del Príncipe fué un verdadero túnel de luz, un enrejado primoroso de hilos lumínicos que rayaban con brillantes líneas la negrura de la noche. La casa del marqués de Alcañices presentó una fachada dibujada por la luz, hecha un ascua de fuego; el cuartel de la montaña también incendió regimiento el horizonte. Había calles donde la claridad era mayor que de día.

* *

En el ramo de colgaduras hubo de todo. Abundaron la percalina y el satín pesetero, y fué verdadera peste, epidemia que se extendió desde lo más alto á lo más bajo, la bandera española. Esto prueba que la gente no tiene gran originalidad é inventiva. Ha encontrado el tema de la bandera, y lo glosa, y lo comenta en todos los estilos; pero no descubre otro, igualmente adaptable al objeto de adornar los balcones. Y así, lo único que se ha destacado sobre el fondo sin término de tela roja y gualda, ha sido el blasón de los reposteros de las casas nobiliarias, ó las letras entrelazadas de algunos edificios, en que los dueños parecían haber tendido una docena de pañuelos con cifra, después de teñirlos en una disolución de añil ó de caparrosa.

Siempre es un progreso sobre las clásicas colchas de zaraza con riquísimo fleco de bellotas de algodón, gala antaño del día de Corpus y demás ocasiones señaladas; pero aún cabe que demos grandes pasos en este camino de la colgadura, y que varíemos algo de tocata, ideando novedades. Hay ahí un porvenir artístico: la colgadura puede llegar á ser arte, como lo es la tapicería.

* *

Las solemnidades oficiales han salido bien. No hubo disturbios; todo marchó con bastante orden, lo cual no es tan fácil de conseguir como á primera vista parece. No sucedió en la calle nada desagradable: no se registraron atropellos, ni riñas, ni se hundió ninguna tribuna de las muchas que, alzadas aprisa y construídas según fama con madera vieja, soportaron el peso de mucha gente en el trayecto. — La batalla de flores fué un número de los más afortunados, y un espectáculo de los más cultos... Es decir, entendámonos, *culto* de vallas adentro. Porque de vallas afuera, de todo hubo en la viña del Señor. Al pasar por las calles y al atravesar entre la multitud agolpada desde la de Alcalá al recinto donde la batalla había de librarse, creíamos encontrarnos rodeados de kabilas. Con furia insolente el pueblo arrancaba las flores que decoraban carrozas y carruajes, por lo cual los vehículos engalanados llegaron al *stand* con la mitad de su decoración. Los policías contemplaban este cuadro de salvajismo cruzados de brazos. ¡Es preciso que el buen pueblo se divierta, siempre que no sea diversión subversiva! Y el rasgo de barbaridad resultaba más antipático, de puro inútil. ¿Para qué querían aquellos zulúes aquellas flores? Por fin, si el coche fuese guarnecido de panecillos y roscones, comprendo que los arrebatasen y no dejasen uno. Pero ¿rosas? No; era hacer daño por hacer daño, por estúpido y neto vandalismo. Veían una cosa bella, fresca, bien oliente, delicada... ¡A destrozarla! ¡Y váyales usted con educaciones estéticas! La belleza les excita la animalidad; nada más.

* *

Ahora bien: ¿cómo extrañarlos? Ciertos impulsos vienen de arriba, de *nosotros* (no quiero excluirme, á pesar de mis méritos de remera y luchadora constante por el mejoramiento de nuestras costumbres), y *nosotros* no hacemos lo bastante para romper la costra secular de ignorancia y rudeza. Casi diría que con frecuencia contribuimos á solidificarla. Pues qué, ¿han sido los golfos de la calle quienes organizaron tanta y tanta corrida de toros? En este mes que acaba de transcurrir, hasta los periódicos dia-

rios, fieles cronistas de la actualidad taurina, que la consagran la nata y medula de sus columnas más visibles, que no perdonan pase ni estocada sin comentarlas cual no comentaran los escoliastas á Homero; hasta los periódicos diarios, digo, se han escandalizado del número de pares de cuernos que salieron al ruedo de la plaza de Madrid.

* *

Una de las mejores cosas que debimos á las fiestas fué aplaudir de nuevo — después de mil años — el *Don Juan* de Mozart. La deliciosa ópera está casi proscrita; dicen que su *spartito* ofrece dificultades serias á los cantantes. En cuanto puede juzgarse al través del ruido y de la brillantez aturdidora de una función de gala, el *Don Juan* se cantó muy bien y produjo en mi espíritu la misma impresión de alta belleza que cuando formaba parte del repertorio del Real.

* *

Algo hemos visto que en su género compite con la ópera de Mozart: los jardines del Campo del Moro, que se abrieron para la *garden party* de Sus Majestades.

Era aquel lugar, no ha mucho, madriguera de malhechores, refugio del hampa madrileña; y es hoy un parque soberbio, con agua y árboles á voluntad, y aterciopeladas *pelouses* donde el césped fresco verde, alegrando los ojos. — Yo veía allí una especie de simbolismo, una dulce lección de la Naturaleza al joven soberano que aún no peina bigote.

Parece que le decía el parque: «La nación está como yo estaba: seca, inculta, polvorienta, infestada de gente *non sancta* ó de gente que carece de orientación hacia el trabajo y la vida civilizada y moderna. La voluntad de una reina me transformó en jardín; la voluntad de un rey puede transformar en jardín á la nación española...»

* *

Dicen que los reyes constitucionales no están facultados para realizar nada de lo que es preciso que se haga, y hay quien reprocha á la Unión Nacional que haya recurrido al trono en demanda de regeneración. ¡Ah! El formulismo será el que se quiera: la realidad es que el rey, aun sin proponérselo, pesa extraordinariamente, influye de un modo decisivo en nuestra vida nacional. Hablo de España: hablo de esta nación donde la monarquía tiene profundas raíces y está *restaurándose* incesantemente, por una especie de evolución natural. Aquí, los grandes movimientos de cultura, obra de reyes han sido. Todavía, cuando vemos un camino ancho y hermoso, un edificio grandioso y noble, una institución duradera, murmuramos el nombre de Carlos III, pensamos en aquellos Borbones que se trajeron en sus tabaqueras de oro y esmalte tantas cosas. — Y no importa que las apariencias de nuestra organización política hayan cambiado; no importa que hoy aparezcan restringidas constitucionalmente las facultades y prerrogativas omnímodas de que antes disfrutaba la corona. En realidad no hay forma de la actividad social en que el rey no pueda influir de un modo enérgico, casi fulminante. Sería halagüeño y sorprendente para el rey ensayar su fuerza en cualquier terreno; de tal cantidad de fluido se encontraría poseedor. Y entonces diría, como Cristo al realizar uno de sus milagros: «Una virtud ha salido de mí.»

* *

Volviendo á las fiestas, diré que se ha atribuido excesiva importancia á su efecto escénico ante los ojos de los extranjeros que nos han venido á visitar con tal motivo. No creo que por eso se hayan ido maravillados y abierta de un palmo la boca, como suponía mucha gente cultivadora del optimismo barato. A semejanza del gallo de Lafontaine, los extranjeros preferirían un grano de trigo. El grano de trigo aquí es la obra humilde y modesta de la pedagogía, de la instrucción, de la orientación hacia los ideales de los pueblos modernos. Buenos son estos

regocijos populares,
fiestas múltiples y varias,
músicas, danzas y antares...

pero un esfuerzo varonil hacia la regeneración (palabra *cursi* y *latera*, según los doctores), abriría en el ánimo de cualquier Mirza Riza una huella por lo menos tan favorable y grata.

EMILIA PARDO BAZÁN.



¡Oh dioses, cuán crueles castigasteis la vanidad de mi hermosura!..

LA FLOR QUE LLORA

(HISTORIA INVERISÍMIL)

I

Bajo el purísimo cielo del Atica, y en los alegres y heroicos tiempos en que se creía que Orfeo quejumbroso, armado de áurea lira, había descendido á la mansión infernal en busca de la infortunada Euridice, habitaba en la inmortal ciudad de la Palas Atenea una joven llamada Zelia, que en lo hermosa podía competir con Venus, en lo discreta con Minerva, y con Júpiter en lo de ser adorada.

Disputábanse los hombres la posesión de aquella mujer excepcional de diez y seis años: su casa era templo y su dueña la divinidad que congregaba á lo más florido, rico y noble de la ateniense juventud.

Todos quemaban el incienso de la adulación ante el ídolo, todos se crefan con sobradas condiciones para su conquista; que siempre pecaron los pretendientes de hinchazón presuntuosa: los más ricos fiaban en el cebo de sus caudales; los más pobres, en su belleza; los más feos, en su gracia; los más sabios, en su talento: entre todos estos, sólo había un tal Cleóbulo, enano ridículo, negación de la estética, filósofo cínico, que, aunque adoraba locamente á la diosa, comprendía que si se propasaba á entonar la canción de sus amores, sólo alcanzaría una burlesca sonrisa, cuando no alguna muestra más mortificante de desprecio.

Zelia sentíase á ratos molesta por el zumbido continuo de galantes ditirambos, por el aluvión de hipócritas con que regalaba sus oídos la turbamulta de adoradores; á ratos, destellaba en sus ojos el orgullo de verse cercada por aquella legión de hombres que, á porfía y uno á uno, habíanla jurado por sus dioses tutelares estar dispuestos á acometer la más arriesgada y heroica de las empresas, con tal de conseguir que los labios de Zelia, más rojos que la amapola y más dulces que la miel del Himeto, murmurasen una promesa de amor.

La diosecita no exigía que emulasen la hazañas de Hércules: ¿para qué?... Su corazón, recién despertado al encanto del vivir, era como espejo que mira al cielo: pasan las nubes y las refleja sin que la imagen de ninguna quede fija en su mágico cristal. Recordaba á sus devotos mientras los veía; después... nada, sentíase muy sola y en su pecho palpaba el ansia insólita de amar y de ser amada: momento psicológico en la mujer donde corre peligros innumerables, tanto más funestos cuanto más ocultos se ofrecen á su inocencia.

II

Zelia impetró de los dioses que iluminasen su espíritu en la difícil selección que debía hacer entre tanto rendido galán.

Y los dioses — ¡todo hay que decirlo!, — más atentos á la esplendor de las fiestas y sacrificios ofrecidos, que al fervor de la súplica, atendieron al ruego de la encantadora muchacha.

¡Oh, aquellos dioses eran más comerciantes que todos los mercaderes de Cartago!

En el atrio de casa de Zelia presentóse cierta tarde una mujer toda vestida de blanco, cubierto el rostro con un velo de espesísima urdimbre que no dejaba traslucir de su fisonomía más que los ojos animados de un brillo extraordinario.

Preguntó por Zelia, y un esclavo la condujo al gineceo en donde en aquellos instantes se encontraba su señora.

— Los dioses, empezó diciendo la misteriosa mujer con voz que vibraba armoniosa y grave, han escuchado tu ruego, y aquí me envían para hacerte depositaria de una flor nacida en el Olimpo y de méritos tan excepcionales, que jamás se marchita, y siempre que palpíte en torno suyo la maldad y el engaño, sus hojas se humedecerán como si llorase la perfidia humana. Acepta, pues, el presente de los dioses.

Y entregó entonces á Zelia, que, emocionada y confusa, había seguido el relato de la desconocida, una flor roja, semejante en su estructura á una siempreviva.

— Lleva siempre prendida al pecho esa flor, continuó la tapada, y sea ella la que te aconseje en todos los momentos.

Dijo, y sin dar tiempo á que la joven la manifestara su gratitud por hallazgo tan estupendo, la misteriosa portadora, tras leve inclinación de cabeza, salió del gineceo.

III

Han transcurrido veinte años.

Zelia se encuentra en el cenit de su hermosura: es el codiciado fruto maduro; pero, en su casa solitaria, no zumba como antaño la letanía del amor: se encuentra sola; la corte de adoradores huyó para siempre de su lado, y la ola pasional no ha inundado un corazón amante: continúa debatiéndose en el suyo propio amenazando constantemente destruir cárcel tan deleznable.

Los dioses, al hacerla poseedora de la maravillosa flor, tuvieron una ironía propia de dioses: mataron en aquel espíritu virgen la fe, la amiga más solícita de los mortales, la artífice mágica de las ilusiones: la mitad de nuestra existencia.

Aquella flor lacrimosa, roja como la sangre, hizo ver á su dueña en toda su desnudez la falsía y el egoísmo humanos: sus criados la adulaban, mostrábanse solícitos y cariñosos: mentían: en el fondo de su ser, protestaban de su servidumbre, de la desigualdad social que mientras á los privilegiados les

entrega el látigo, á los parias les hace encorvar las espaldas para ser azotados: sus adoradores protestaban de un afecto tierno y puro, de su ansia de conquistar á costa del mayor sacrificio tesoro tan codiciado: la engañaban: en lo más recóndito de sus pechos, el amor puro era un deseo sensual, un espolazo de la propia vanidad: su ternura, un ansia de domeñar á la que tan altiva se les ofrecía; el sacrificio á que se mostraban prontos era un alarde que sólo á la suposición de que se les exigiera les hacía temblar como azogados: declamaban las compañeras de la hermosa lo sincero y firme de su amistad y la diputaban como dechado de perfecciones: eran tropos del lenguaje: la odiaban todo lo más cordialmente posible: sentían celos terribles de su extraordinaria belleza y la acusaban de que en vez de mujer fuera estatua: su virtud era sólo consecuencia de su frialdad.

Y así por este orden, la flor implacable, siempre que alguien se acercaba á su dueña, vertía lágrimas: Zelia, sorprendida, emocionada, herida en lo más íntimo de sus creencias, también lloraba. Cuanto más firme era su convicción en la lealtad de una persona ó de un afecto, mayor era también la angustia que le ocasionaba la silenciosa negación de aquel talismán de los dioses: el *vitam impendere vero* de Juvenal, era en el mundo una frase hermosa: nada más.

Sólo la flor roja permanecía impassible en presencia de Cleóbulo; pero ¡ay!, era tan terriblemente feo y ridículo aquel enano filósofo...

La madeja del tiempo devanábase para la diosecita bien cruelmente.

Zelia vióse envejecida: su belleza era ya la del sol que se hunde en el ocaso, y como en él, también ardía en su interior un fuego inextinguible: el de una pasión jamás correspondida.

Llevada de un supremo desaliento, Zelia maldijo la flor, y arrojándola al suelo musitó con lágrimas en los ojos.

— ¡Oh dioses, cuán crueles castigasteis la vanidad de mi hermosura, regalándome la flor que llora y que ha asesinado todas mis alegrías, todas mis esperanzas y en mi corazón ha hecho fermentar el odio y el desprecio hacia todos!.. ¿Por qué habéis quitado de mis ojos la venda rosada que oculta á los mortales el egoísmo que encierran todos los actos de la humanidad?... Con esa venda habría sido felicísima y habría amado porque creería ser amada... La antorcha de Himeneo habríase encendido en mi hogar, y á sus áureos reflejos hubiera podido tal vez contemplar mi propia ventura en las pupilas de mis hijos...

En el paroxismo de la desesperación, Zelia golpeaba rabiosamente con sus diminutos pies la flor roja de los dioses, la flor que llora...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

(Dibujo de Triadó.)

SUEÑO DE AMOR

(POEMA)

Carmen abandonó el lecho muy temprano. Había dormido intranquila, despertándose á cada momento. ¿Por qué? No hubiera sabido decirlo... ¡Es un problema, muy difícil de resolver, todo lo que tiene origen y desarrollo en el corazón humano!

Mientras se peinaba, pasaron por su imaginación imágenes confusas, indefinibles: unos ojos negros y muy brillantes que se acercaban, mirándola con pasión infinita; unos labios que sonreían, moviéndose, como si hicieran una promesa... Después... los ojos que se iban alejando, contemplándola tristemente; los labios que dejaban de sonreír y quedaban entreabiertos, con amarga expresión de desencanto, como los labios de los que vivieron mucho y sufrieron infinitas penas de amor...

Eran las mismas imágenes que había visto durante su sueño intranquilo, sueño que quería descifrar buscando en él un augurio... ¿Por qué miraban aquellos ojos? ¿Por qué reían aquellos labios? ¿Qué decían al moverse temblorosos, como hojillas de almendro agitadas por la brisa?

La respiración de Carmen era anhelosa como la de un calenturiento; su corazón palpitaba con fuerza, llevando sangre hirviendo á las venas... En el espejo reflejábanse su tipo de virgen árabe y sus ojos melancólicos de color verde-oscuro, como el mar irritado. Su boca, roja y encendida, estaba entreabierta, plegada por un gesto de ansiedad; sus mejillas, arreboladas, ardían.

Cuando hubo puesto fin á su tocado, tomó asiento junto á la ventana y puso el bastidor sobre sus rodillas. Pero sus finas y delicadas manos permanecieron inactivas, como si se negasen á continuar el bordado que ellas solas sabían hacer.

Carmen empezó á sentir un ahogo extraño; el ambiente de aquella habitación la sofocaba. Por eso, soltando el bastidor, con aire de fastidio, se encaminó lentamente hacia el jardín.

La Primavera derramaba sus esplendores sobre la tierra, que hacía su sagrada promesa de abundancia; el jardín estaba cuajado de rosas, y una oleada de perfumes habíase apresurado á saludarla; los claveles, doblando con su peso los débiles tallos, parecían inclinarse respetuosamente ante Carmen, como rindiendo homenaje á su hermosura...

Se detuvo para aspirar ansiosamente el aire perfumado y abrió sus ojos soñadores, como queriendo llenarlos de aquella luz suave de Aurora, que caía dulcemente sobre la tierra. Su pecho sintió un bienestar inexpresable.

Dió unos paseos distraída, mirando al suelo, como si quisiera contar los granitos de arena que iban crujiendo bajo la dulce presión de su pie diminuto; luego levantó su cabeza y fijó su mirada en los rosados celajes que cortaban la monotonía del terso azul... Su pecho continuaba agitado; por su cabeza desfilaban las imágenes de su sueño.

Cansada de caminar por las vereditas arenosas del jardín, fué á sentarse indolentemente en el banco de piedra situado á orilla del estanque, y permaneció mucho tiempo inmóvil, contemplando la superficie del agua que la ligera brisa rizaba tan dulcemente, que dijérase que el lago sonreía, agradeciendo aquella caricia.

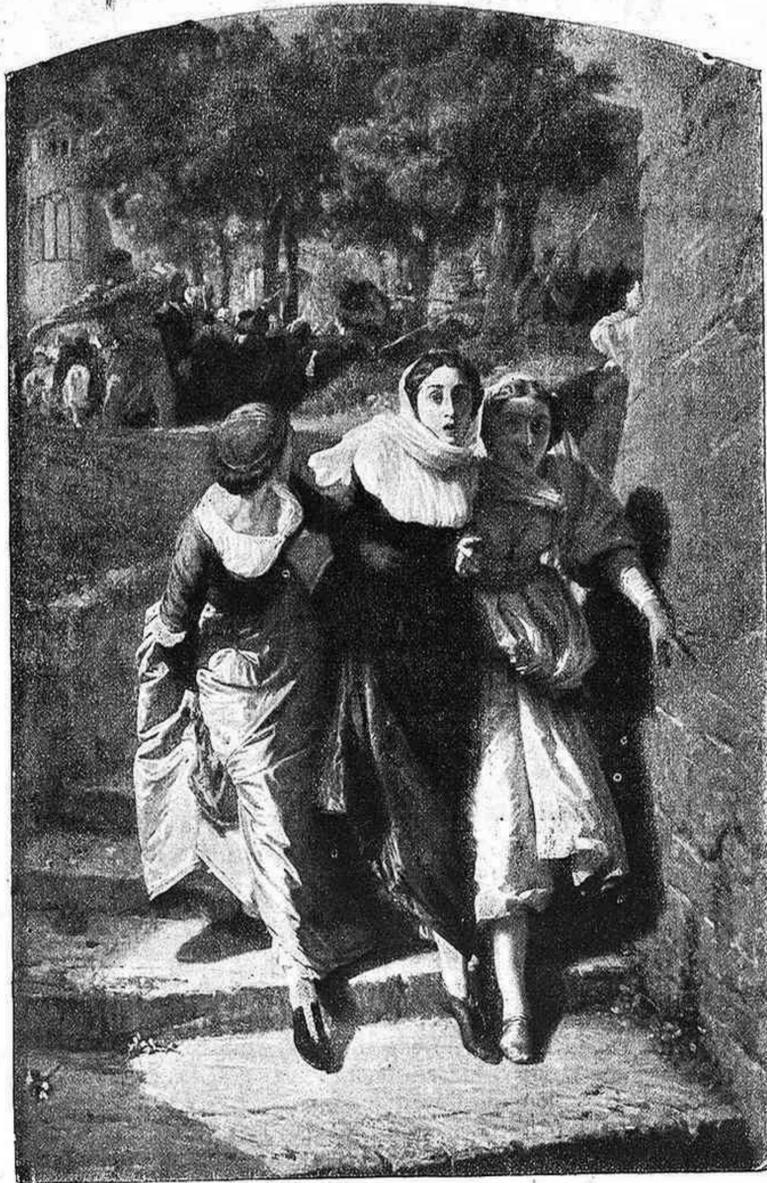
Los peces del estanque, que nadaban tranquilamente, subieron casi á flor de agua para verla...

Carmen, contemplando el apacible lago, soñaba, soñaba como la noche anterior, como había soñado al despertarse, entornados sus bellísimos ojos de virgen árabe, como si mirasen hacia dentro y quisieran estudiar el estado intranquilo de su corazón. ¿A qué venía aquella tristeza melancólica?

Otras veces - casi todos los días - había bajado al jardín, y estaba alegre como las golondrinas que fabricaban el nido bajo el alero del tejado, cantando dulce y amorosamente; como los palomos que se arrullaban; como el lago que sonreía; como las flores al recibir el beso de la luz...

Dos palomos blancos jugueteaban á orillas del

estanque, arrullándose, uniendo sus picos amorosamente. Carmen apenas los veía á través de sus pestañas; pero sin saber por qué, sus ojos se abrieron, solicitando la caricia de la luz, y vió claramente á la enamorada pareja, quedándose extática, contemplándola.



VÍSPERAS SICILIANAS, cuadro de Domingo Morelli

Carmen no había fijado sus ojos en el constante Federico, porque su corazón dormía y estaba cerrado aún á las asechanzas del amor. Su pecho no anhelaba otra cosa que el aire embalsamado que la vigorizaba, y sus ojos no necesitaban ver más que flores y luz; y estaban alegres como los colores que bordaban el jardín, como los rayos del sol que llevan á la tierra el bullicio de la vida.

Pero aquel día estaba triste; su corazón había recibido la primera sacudida, se había despertado y vigilaba, aguardando con ansia la hora bendita en que los anhelos y zozobras habían de convertirse en ternuras dulcísimas...

Y tras de haberse preguntado muchas veces el por qué se besaban los palomos y de haber contemplado en simismada aquel idilio, sus ojos miraron con sobresalto hacia la verja... Había creído escuchar un ruido extraño...

Sus ojos tropezaron con los ojos de Federico; eran negros y muy brillantes y la miraban con pasión infinita; vió su boca que sonreía con dulzura... Lentamente se iba alejando, volviendo la cabeza, mientras su cara perdía la alegre expresión.

Carmen se puso en pie maquinalmente, como obedeciendo á una fuerza misteriosa. Diríase que era nuevo Lázaro que acababa de escuchar la voz imperativa de Cristo; su bella carita se puso pálida, su corazón palpitó con fuerza, sus piernas temblaron, sus piecitos se negaban á sostenerla...

¡Oh, sí, aquellos ojos negros y brillantes, aquellos labios... eran los de su sueño, ojos y labios que parecían perseguirla por todas partes!

Y sintió deseos de gritar, de llamar á Federico, de quien tantas veces no había hecho caso, porque estaba dormida.

Deseaba que aquellos ojos la siguiesen mirando con pasión infinita y que aquellos labios repitiesen á su oído una promesa de amor inacabable, musitando dulcemente...

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

VÍSPERAS SICILIANAS

CUADRO DE DOMINGO MORELLI

En medio de los alegres bailes con que los habitantes de Palermo celebraban fuera de la ciudad la solemnidad del lunes de Pascua, 30 de marzo de 1282, realizada por un espléndido sol de primavera, algunos palermitanos, profundamente irritados por la insolencia de los dominadores, se trabaron de palabras con los servidores y familiares franceses de la justicia de la provincia, cuya presencia, y acaso su libertad con las mujeres, turbaban la fiesta: pronto se pasó de las palabras á los golpes, y en breve los sicilianos, á quienes estaba prohibido llevar armas, amenazados de un registro por sus opresores, sacaron unos los puñales que ocultaban bajo sus ropas, y otros se proveyeron de piedras, y el grito de «¡Mueran los franceses!» resonó al momento en todo Palermo. La nueva del alzamiento de los sicilianos contra su riguroso dominador Carlos de Anjou, extendió la matanza al resto de la isla, como chispa que propaga un incendio, y transcurrido un mes, no quedaba un francés en Sicilia, que se entregaba voluntariamente á Pedro III de Aragón, cuyo concurso había sido solicitado desde un principio por Juan de Prócida, Alecimo de Leutini y otros.

El momento en que algunas mujeres, sorprendidas por la terrible explosión de la cólera de los palermitanos, huyen del lugar de la alegre fiesta, convertido tan súbitamente en teatro de desapiadada carnicería, para llevar el grito de alarma á la ciudad, es el escogido por el ilustre pintor italiano para trasladar al lienzo todo el horror de las llamadas *Vísperas sicilianas*, horror que con realidad tan pasmoso se manifiesta en los semblantes de las tres fugitivas, que, preciso es confesarlo, no tienen la vaguedad é indeterminación que otras figuras de Domingo Morelli. La escena que les sirve de fondo parece copia de la realidad, y bien podría ser que al abocetarla hubiese este pintor tenido presente la del levantamiento revolucionario de Nápoles de 15 de mayo de 1848, en que, muy joven aún, pues contaba apenas veintidós años, se lanzó á la calle, y mezclándose entre los combatientes, fué herido y hecho prisionero.

Vísperas sicilianas fué producido en la misma época que el *Conde Lara con su paje*, el *Baño pompeyano*, *Tasso leyendo su poema á Leonora* y otros asuntos semihistóricos, de que ya nos ocupamos en el número 1.030 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

A sus labios rojos, encendidos como la grana, vino una pregunta que, como las anteriores, quedó sin respuesta:

«¿Por qué se besarán los palomos?»

Y Carmen continuó pensativa contemplando con ojos muy abiertos, en los que se leía una interrogación, el idilio de aquellos animales, sin comprenderlo...

El cálido ambiente primaveral la envolvía; la sangre circulaba bulliciosa por sus venas; su corazón seguía intranquilo, palpitando con desorden; su respiración era fatigosa...

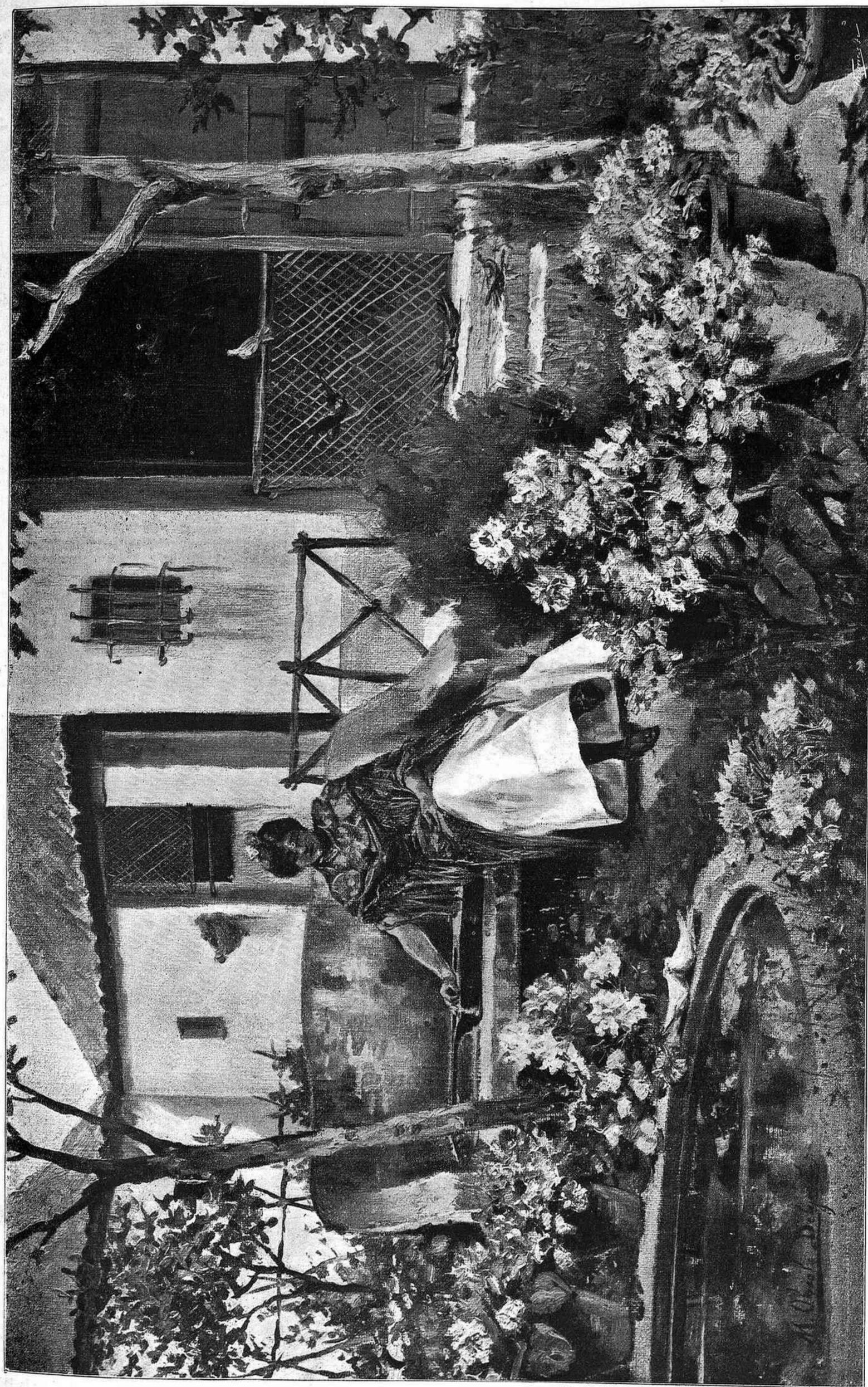
Ensimismada en la contemplación de aquella escena de ternura y de amor; escuchando el melodioso canto de las infatigables golondrinas que fabricaban su nido, Carmen no se daba cuenta de lo que á su alrededor ocurría.

Y Federico, el muchacho más gentil y gallardo de la ciudad, pasaba una vez y otra por delante de la verja del jardín, contemplando á Carmen con místico arrobamiento de creyente, dirigiéndole miradas de pasión infinita.

Todas las mañanas se levantaba cuando aún no había recibido la Tierra la caricia fecundante del padre Sol, é iba á pasearse ante la reja, aguardando con ansiedad á que la virgen árabe fuese á aumentar con su presencia los esplendores de la Naturaleza riante.

Y la miraba, la miraba con atención profundísima, queriendo grabar en su retina la imagen de la idolatrada, y sonriendo, cuando sus miradas se cruzaban, mientras sus labios se movían musitando algo ininteligible semejante á oración fervorosa.

Allí estaba siempre, y cuando se alejaba, volvía la cabeza, mirando con tristeza infinita al notar que su amor potente no era bastante á abrasar el corazón de la virgen, que proseguía indiferente sus paseos, cuidando sus plantas y echando miguitas de pan á los peces de colores, que se rebullían nadando vigorosamente, tropezándose, empujándose y riñendo por coger aquel pan que sus manos tocaron.



SUEÑO DE AMOR, cuadro de F. Obiols Delgado. (Véase el artículo del mismo título en la pág. 380.)



JOSÉ ESPRONCEDA
nació en 1810. - † 23 de mayo de 1842

MARIANO DE LARRA
nació el 24 de marzo de 1809. - † 13 febrero de 1837

EDUARDO ROSALES
nació el día 4 de noviembre de 1836
† 13 septiembre de 1873

RECUERDOS DE ESPRONCEDA

Privilegio inherente al genio es el de avalorar todo aquello que con él se relaciona, en las diferentes situaciones y momentos de la vida. El relato de un rasgo de carácter, de una frase, de un detalle cualquiera de sus costumbres públicas ó íntimas, despierta siempre gran interés en los que lo escuchan, y en extremo nos complace el conocimiento de sus gustos, aficiones, caprichos ó extravagancias, tan frecuentes en los hombres que vivieron fuera de los límites de lo vulgar.

Por eso creo que estos renglones, que íntimamente se enlazan con los dos momentos capitales de la vida del inmortal vate extremeño, esto es, con el de su nacimiento y con el de su muerte, tendrán para los lectores de LA ILUSTRACIÓN el aliciente de esa curiosidad que, como antes dije, sentimos siempre que se trata de la existencia de los hombres ilustres que sobreviven al transcurso de los siglos rodeados de la brillante aureola de la inmortalidad.

Hace sesenta años que sus restos mortales yacían en el rincón de un cementerio, confundidos con los de la multitud. Hoy la patria le ha destinado un honroso albergue al lado de otros dos genios, Larra y Rosales, cumpliendo con los tres sagrada deuda de gratitud.

ficios políticos podrán haberse olvidado, pero no las hermosas octavas de su *Canción á Teresa*, su atrevido y grandioso *Himno al Sol*, su *Canción de El Pirata*, y otras muchas poesías.

No hay estudiante que en los años juveniles haya dejado de grabar en su memoria la inimitable composición *A Jarifa en una orgía*, ó que no recite de corrido trozos enteros de *El estudiante de Salamanca*, especialmente los que describen «la muerte de amor de la desdichada Elvira.»

En la edad juvenil, en que el calor de las pasiones crea en la mente imágenes tan fuera de la realidad, y despierta sentimientos utópicos y dichas irrealizables que sólo existen en la fantasía; en los cuales basta un ligero soplo de pueril desilusión para hacer brotar las amarguras de ilusorios desengaños, con toda la fuerza y la intensidad del verdadero apasionamiento; entonces, repetimos, ¿quién no se ha sentido escéptico (¡a los diez y ocho ó veinte años!) y ha encontrado alivio á sus tristezas repitiendo con el poeta

¿Por qué volvéis á la memoria mía
Tristes recuerdos del placer perdido?

Por eso es y será Espronceda el poeta de la juventud, de los eternos soñadores. Porque ha sorprendido y fotografiado en sus versos, de admirable modo, las constantes luchas entre las ilusiones del alma y las realidades de la vida.

En cambio de esto, ¡qué pocos son los que pueden

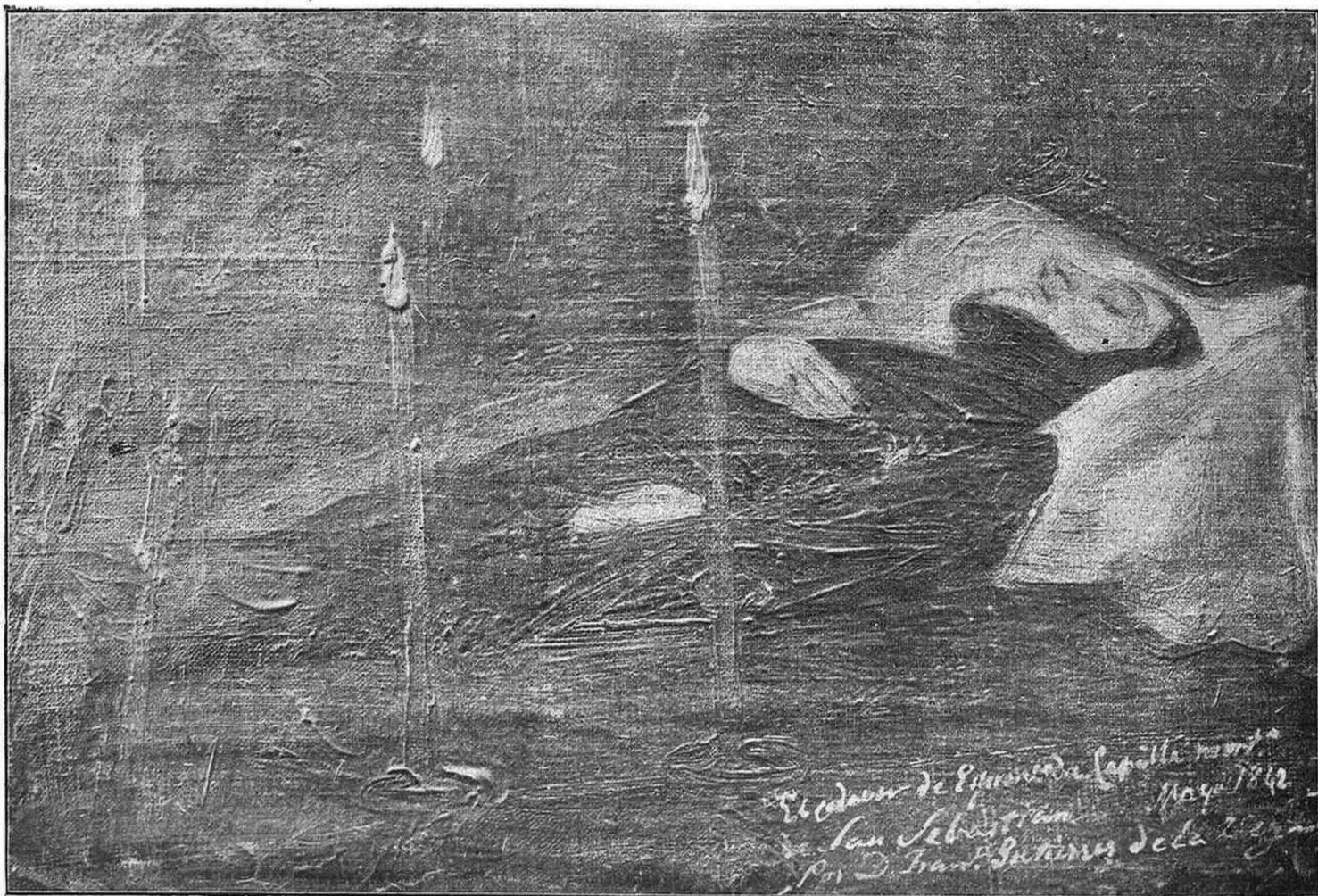
arengas políticas y sus amarguras en la emigración, no le hubiesen ellas solas valido para la posteridad lo que una octava, una décima, un romance de sus hermosos versos, pedestal eterno de su fama.

Cierto que sus entusiasmos, su fogosidad, sus atrevimientos, los desórdenes de su vida, causa determinante, sin duda, de su prematura muerte, son otras tantas circunstancias que le hacen en extremo simpático á los espíritus artistas y soñadores.

Después de lo dicho, ¿no ha de interesar todo cuanto se relaciona con el gran vate?

Por eso creo que han de ser vistas con agrado algunas minucias que conozco relativas á su nacimiento y á su muerte.

Fijan los biógrafos la fecha en que aquél tuvo lugar en mayo de 1810, en la villa de Almendralejo, y con ocasión de que su padre, coronel de caballería que mandaba un destacamento, al cual seguía su esposa, hubo de detenerse en el mencionado pueblo. Sintióse aquella señora próxima á su alumbramiento; y en tan apurado trance, la Providencia le deparó los auxilios necesarios por la generosidad del Excmo. Sr. Marqués de Monsalud y de Villamarín, títulos que ostentaba el general D. Juan José Nieto Aguilar, marido de doña María de la Concepción Solano Ortiz de Rozas, hija del capitán general de la Armada marqués del Socorro. Aquellos próceres, que por su jerarquía gozaban de la exención de alojados, brindaron al matrimonio Espronceda con un albergue en su magnífica casa-palacio, destinándole la habitación baja con puerta al zaguán, á mano derecha entrando, en la cual el actual marqués de



ESPRONCEDA EN SU LECHO MORTUORIO, boceto del natural por Francisco Gutiérrez de la Vega

El nombre de ESPRONCEDA es al presente populárrimo; y si muchos lo desconocen como el de un apóstol de las ideas liberales, hállanse con él encarnados como fogoso y sentimental poeta. Sus sacri-

apreciar sus sacrificios por la libertad; los que no ignoran que se batió en el puente de las Artes en París y en las barricadas de la plaza Mayor de la coronada villa! Estos hechos de su vida, así como sus

Monsalud, digno académico de la Real de la Historia, tiene actualmente instalada su interesante colección de objetos protohistóricos y romanos.

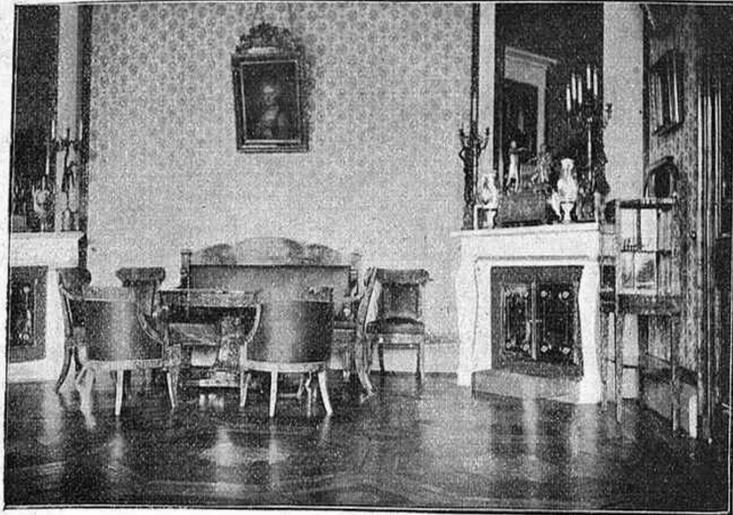
Todavía consérvanse en dicha casa las dos camas

que se destinaron á los huéspedes: muebles de caoba del tiempo de Carlos IV, á juzgar por sus patas en forma de estípides que terminan en jarroncitos de bronce y sus altos tableros que rematan en cor-

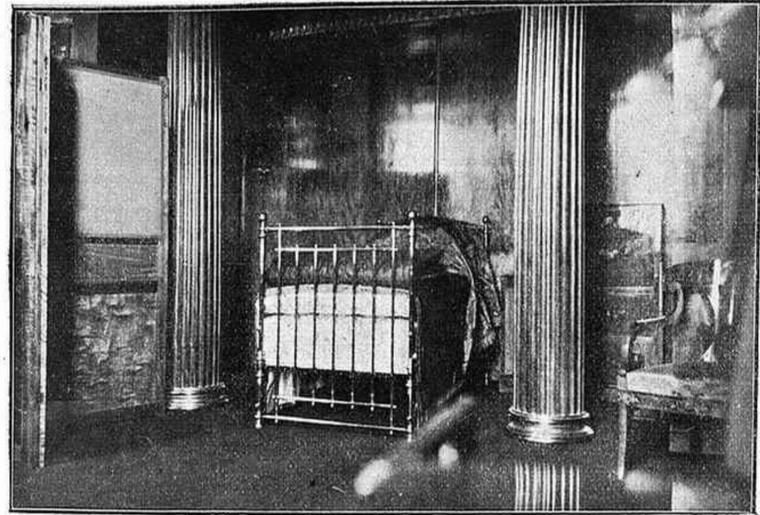
sante cuadrado había pertenecido á su hermano, el Excmo. Sr. D. José, y como aparecía en la firma, fué obra del acreditado pintor, tío de entrambos, don Francisco, autor de un retrato del insigne *Figaro*.

ches, esta interesante memoria de uno de los más preclaros ingenios españoles, cuya reproducción exactísima acompañamos.

J. GESTOSO Y PÉREZ.



VIAJE DE M. EMILIO LOUBET Á RUSIA.
Salón de M. Loubet en el palacio Krasnoé Selo



VIAJE DE M. EMILIO LOUBET Á RUSIA.
Dormitorio de M. Loubet en el palacio de Krasnoé Selo

nisas con embutidos adornos de maderas claras, en una de las cuales vino al mundo el ilustre poeta.

Debido á estas circunstancias, tuvieron desde entonces muy buena amistad los marqueses de Monsalud con los Espronceda, recordando aquéllos que el padre del poeta llevaba á éste siendo niño, vestido de uniforme, de visita á casa de dichos señores, cuando moraban en la calle de la Montera, 22, principal, la misma casa que ocupó durante años el Ateneo, hasta su traslación á la en que hoy se halla establecido.

Hubiera deseado completar estos pormenores, que debo á la bondad de mi queridísimo amigo el actual marqués de Monsalud, con la partida de bautismo del poeta; pero según aquél me manifiesta, cuantas investigaciones se han efectuado con tal propósito en los libros parroquiales de Almendralejo, han resultado estériles, por lo cual es de suponer que deberá de existir en algún registro de la jurisdicción castrense.

Pocos años ha que visitando al Dr. D. Manuel Gutiérrez de la Vega, que desempeñaba por entonces en esta ciudad el cargo de administrador de Correos, y con el cual me unía antigua amistad, hubo de llamarme la atención un cuadrado que en lugar preferente tenía en su estudio.

Aquel ligero boceto representaba á Espronceda en su lecho fúnebre, como acreditaba un letrero escrito por su autor en la parte inferior de la derecha.

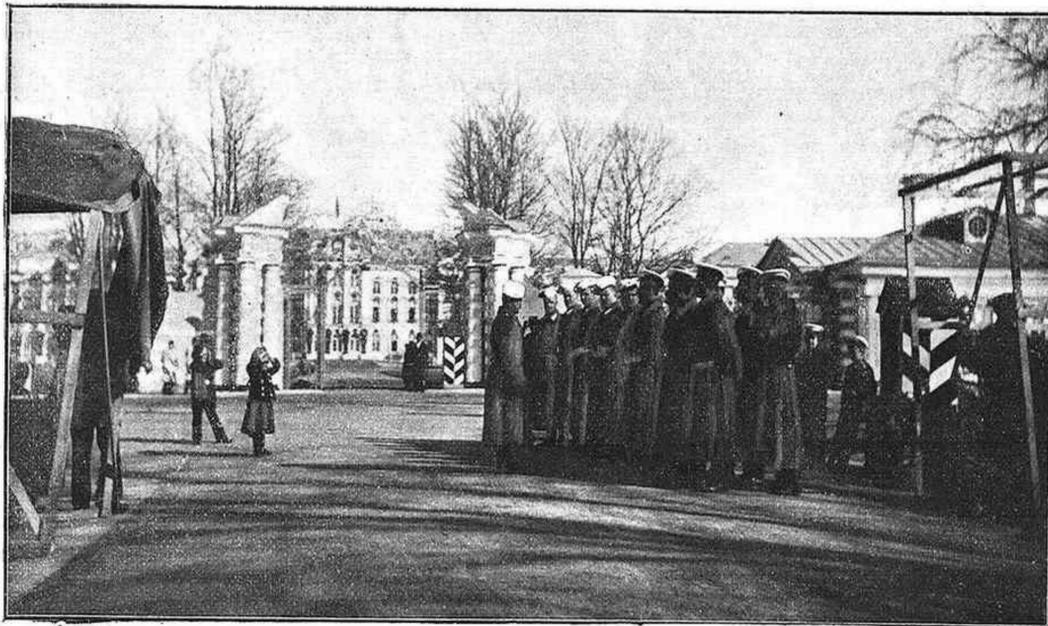
La espontánea sinceridad con que estaba ejecutado, la sencillez de las pinceladas, la seguridad de los toques, eran cualidades reveladoras del realismo de la verdad (si se permite la frase) de lo que el artista tenía ante sus ojos. Nada, pues, había allí que fuese convencional ó lujo de la fantasía.

LARRA Y ROSALES

Nacido el segundo casi á raíz de la muerte del primero, sorprendióles, como á Espronceda, una prematura muerte. Rosales era artista en el verdadero sentido de la palabra, como Mariano José de Larra

fué una precocidad literaria de alto vuelo; y si nadie igualó á éste en el arte de decir lo que quería y como quería, pocos, muy pocos han igualado al primero en seguridad para trasladar al lienzo la nota ó línea que observaba. Los pesares y quebrantos, una dolencia moral, acibararon la existencia del escritor fluido y castizo; cruel y terrible enemiga, una enfermedad física, amargó la vida del genial artista. Querido de cuantos tenían la dicha de tratarle, no pudieron inequívocas muestras de amistad desterrar la melancolía constante del autor de *La muerte de Lucrecia*, como no pudieron las preciadas amistades que rodearon á *Figaro* mitigar la amargura que refluía sobre su alma y le atormentaba de conti-

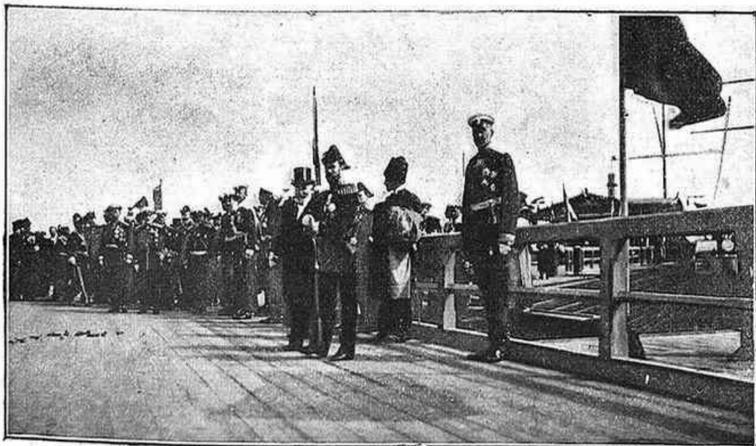
nuo. A Rosales lo acabó la tisis, á Larra lo mató el amor, esta tisis del alma verdaderamente enamorada. Escritor y artista, aun en la producción se asemejaron: crítico y pintor de costumbres, desarrolló el primero su poderoso talento en multitud de famosos artículos; Rosales, pintor monumental por naturaleza, ejecutó cuadros de pequeñas dimensiones con mayor grandiosidad que su tamaño requería. El pin-



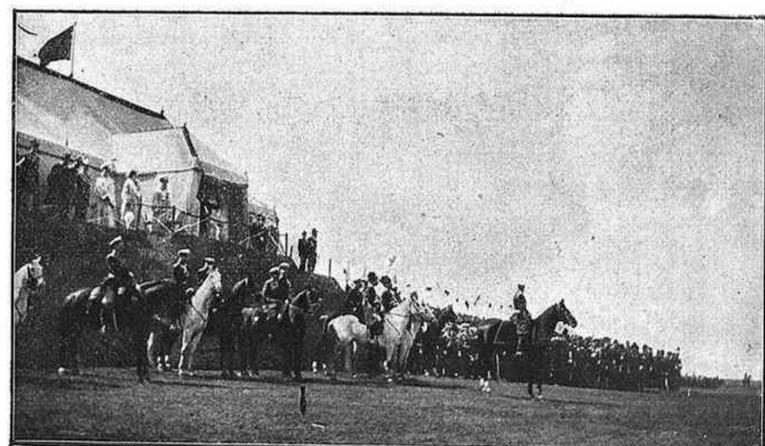
VIAJE DE M. EMILIO LOUBET Á RUSIA. - Palacio de invierno de San Petersburgo

¡Qué deseos tan grandes tuve de pedirle el cuadrado á mi amigo! Sirviome de funo la convicción que abrigaba de que él me lo hubiese regalado.

Pasó tiempo. Supe un día por los periódicos que había muerto el Sr. Gutiérrez de la Vega; hice todo género de pesquisas para averiguar el paradero del retrato, y supe que había sido vendido con libros y papeles, pero nadie me daba razón de quien lo pose-



VIAJE DE M. EMILIO LOUBET Á RUSIA.
El tsar y M. Loubet esperando el paso de las tropas



VIAJE DE M. EMILIO LOUBET Á RUSIA.
El tsar revistando las tropas

Más que el mérito de la pintura, llamó mi atención la verdad que resaltaba en el conjunto. Aquella *mancha* era, ciertamente, una *instantánea*, como hoy decimos, hecha por lo tanto del natural mismo y aprovechando acaso breves momentos.

El Sr. Gutiérrez de la Vega me dijo que el intere-

yo. Acudí entonces al Sr. D. Guillermo de Vera, pariente de mi difunto amigo, y por su diligencia y finísima amistad logróse, no sólo su rescate, sino la graciosa donación que de él me hizo. A él, pues, se debe que por lo pronto se haya salvado de pérdida ó destrucción, confundido con miserables cachiva-

tor no dejó al morir riquezas ni bienes temporales; tampoco los dejó Larra; pero en cambio legaron ambos á su patria nombres gloriosos que serán siempre pronunciados con respeto y admiración por todos los amantes de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno.



LA OFRENDA, cuadro de Eugenio Buland



ACOSTANDO AL NIÑO, cuadro de Mlle. Isabel Nourse

VIAJE DE M. EMILIO LOUBET A RUSIA.

La visita del presidente de la República francesa al tsar de Rusia ha hecho revivir de nuevo los entusiasmos despertados entre los súbditos de las dos potencias cuando el viaje del anterior presidente M. Félix Faure en 1897. Ambas recepciones han sido igualmente afectuosas y delirantes, y sólo la gran diferencia de los dos presidentes en el modo de apreciar las cosas y de conducirse diversifica sus caracteres: quizás haya sido esta vez menos aparatosa, menos solemne, pero preciso es confesar que han reinado mayores cordialidad y confianza: este es por lo menos el sentimiento que se deriva de las conversaciones de todos cuantos intervinieron de cerca en la manifestación ya terminada.

El martes 20 de mayo, 7 según el calendario ruso, tuvo lugar en la rada de Cronstadt esta primera entrevista del tsar con el presidente de la República sobre el puente del yate imperial *Alexandria*. Después de un caluroso apretón de manos y de las presentaciones obligatorias, el emperador condujo al presidente á la popa del yate, trabando con él un amigable diálogo que continuó hasta que llegaron al desembarcadero de Peterhof, en donde un destacamento de marinos ejecutó la *Marsellesa*, mientras eran presentados á M. Loubet los grandes duques y los miembros de la comitiva imperial.

El jefe de Estado francés, después de descansar un momento en el palacio Catalina, en Tsarskoé, adonde le condujo el tren imperial, pasó á ofrecer sus respetos á la emperatriz Alejandra Feodorovna, obsequiando con magníficos juguetes á sus hijas las grandes duquesas Olga y Tatiana. M. Loubet marchó después á Gastchina, con objeto de saludar á la emperatriz madre, María Feodorovna, la invariable, la más fiel amiga de Francia, regresando en seguida á Tsarskoé para asistir al banquete de gala con que se le obsequió en la sala de fiestas del palacio Catalina, en donde la víspera se había celebrado el trigésimo cuarto aniversario del nacimiento del emperador. Iluminada por seis mil lámparas eléctricas, reproducidas infinitamente por los espejos, cubiertas de rosas pálidas las blancas mantelerías, á través de

los dos ejércitos no es una amenaza para nadie, pero garantiza el derecho de las dos naciones y ofrece un punto de partida en el camino de su poderío y su influencia.

El día siguiente M. Loubet, acompañado de la



D. CLEMENTE FIGUERAS, inventor del generador de su nombre (de fotografía de Luis Ojeda y Pérez, de las Palmas)

familia imperial, trasladóse á San Petersburgo, adonde llegó á las nueve de la mañana. Su primera visita fué para la catedral de los santos apóstoles Pedro y Pablo: á la sombra de su aguda aguja de oro reposan todos los tsares desde Pedro el Grande, á excepción de Pedro II. M. Loubet se detuvo un momento ante la tumba del último tsar Alejandro III. Después el cortejo presidencial visitó la casa de Pedro el Grande, en las riberas del Neva, y el Asilo francés, en donde M. Félix Faure había puesto la primera piedra de un hospital y en donde puso M. Loubet la primera de un pabellón aislado.

Por la tarde el presidente visitó á los grandes duques, el convento de San Alejandro Newsky y San Isaac, y á las siete regresaba de nuevo á Tsarskoé-Selo, asistiendo por la noche á la representación de gala dada en su honor en el teatro Chino del parque Alejandro. M. Loubet entregó 100.000 francos para los institutos benéficos de la capital y de otras poblaciones.

M. Loubet partió de Tsarskoé para Peterhof en la mañana del 23, siendo acompañado á bordo del yate *Alexandria* por el tsar y las emperatrices Alejandra y María, para transbordar al *Montcalm*, que debía conducirlo á Francia. El puente superior de este magnífico crucero, desembarazado de los botes, había sido dividido en dos en toda su longitud: á un

lado, á babor, se habían dispuesto salones de descanso para las emperatrices, las pequeñas grandes duquesas y el emperador, con precioso mobiliario; á estribor, un comedor capaz para ochenta cubiertos, tapizados las paredes y el techo de seda de color oro viejo en anchos pliegues. Los últimos brindis de este viaje, pronunciados en torno de la mesa del *Montcalm*, adornada con hermosas canastillas de flores, confirmaron las esperanzas de cuantos los escucharon, y los votos del tsar por «la Francia, amiga fiel é invariable, aliada de Rusia,» hallaron eco en todos los corazones. Terminado el banquete, M. Loubet acompañó al emperador á bordo de su yate, regresando de nuevo al *Montcalm*. Pocos minutos después levaba anclas el *Alexandria*, y así que hubo desaparecido, la escuadra francesa se puso en movimiento, singlando con rumbo á Copenhague, con rumbo á Francia. — G. B.

NUESTROS GRABADOS

La lección de bandolín, cuadro de Pablo Thomas.—Es el cuadro de Pablo Thomas que reproducimos en la primera página representación exacta de una escena íntima del hogar. Ambas figuras, la pianista y la bandolinista, ofrecen un conjunto admirable de verdad y de minuciosidad, así como una fuerza de expresión digna del mayor encomio, y en su agrupación atinada muestra el artista habilidosa observación á la vez que gusto exquisito.

La ofrenda, cuadro de Eugenio Buland.—Impregnado de dulce sentimiento está el cuadro que de este eximio artista reproducimos en la pág. 384. Se traslucen en el rostro de la joven serenidad tan pura, tal hombría de bien en el del anciano, que sólo á quien ha logrado dominar todos los secretos del arte es dable producir un lienzo como el de que hablamos, en que á lo bello del asunto se une una acabada ejecución.

Acostando al niño, cuadro de Mlle. Isabel Nourse.—La escena es harto conocida para que nos detengamos á describirla. ¿Quién no la ve ó no la ha visto repetirse en su hogar todos los días? El cariño y perfección con que la distinguida artista americana ha sabido tratar á madre é hijo, patentizan que no sólo sabe ver la realidad y copiarla fielmente, sino además sentirla de un modo intenso. El cuadro de Mlle. Nourse figura en el Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, recientemente inaugurado.

Panteón de la Sociedad Española de Socorros Mutuos de Ayacucho (República Argentina).—El día 3 de febrero de 1901 fué bendecido é inaugurado solemnemente en Ayacucho este Panteón, cuyas fachadas, de estilo gótico, miden la principal veinte metros de largo y diez las laterales, siendo su altura hasta la cúspide del cimborrio de quince metros. Trazó los planos y fué director de la obra el joven ingeniero argentino D. Juan Ochoa. La colectividad española que ha construido este Panteón puede estar satisfecha de esta obra, que es en su clase una de las mejores de la Provincia de Buenos Aires.

D. Clemente Figueras.—El nombre del celoso é inteligente ingeniero, Inspector de montes de Canarias, es hoy universalmente conocido, gracias á las noticias publicadas por la prensa acerca del generador de su invención, destinado á producir trascendentales consecuencias, ya que aporta un elemento valiosísimo en la mecánica moderna, resolviendo problemas que han de influir poderosamente en la mayor parte de las industrias.

Dice el meritísimo ingeniero, en un trabajo recientemente publicado. — «Con persistente empeño guarda la naturaleza sus secretos; pero la inteligencia del hombre, don el más preciado que debe al artista divino autor de todo lo creado, permite que poco á poco y aun á costa de estudios y trabajos mil, venga la raza humana dándose cuenta de que la obra de Dios es más perfecta y más armónica de lo que parece á primera vista. No se necesitó crear un agente para cada clase de fenómenos, ni variar fuerzas que produzcan los múltiples movimientos, ni tantas substancias como variedades de cuerpos se presentan ante nuestros sentidos; que al obrar así, fuera proceder digno de un artífice menos sabio y poderoso que aquél, que con una sola materia y un solo impulso dado á un átomo, puso en vibración toda la materia cósmica, según una ley de la cual son las demás consecuencias lógicas y naturales.»

Y más adelante, agrega:

«El siglo XX nos ha hecho la merced de descubrirnos su programa en líneas generales. Abandona el manoseado sistema de las transformaciones, y toma los agentes allí donde la naturaleza los tiene almacenados. Para producir calor, luz ó electricidad, se ampara del movimiento vibratorio que le convenga, porque los almacenajes de que dispone se renuevan incesantemente y no tienen término jamás. Para la generación que nos sigue, las máquinas de vapor serán una antigüalla, y á las negruras del carbón de piedra, substituirán las pultritudes de la electricidad, en las fábricas y talleres, en los transatlánticos, en los ferrocarriles y en nuestros hogares.»

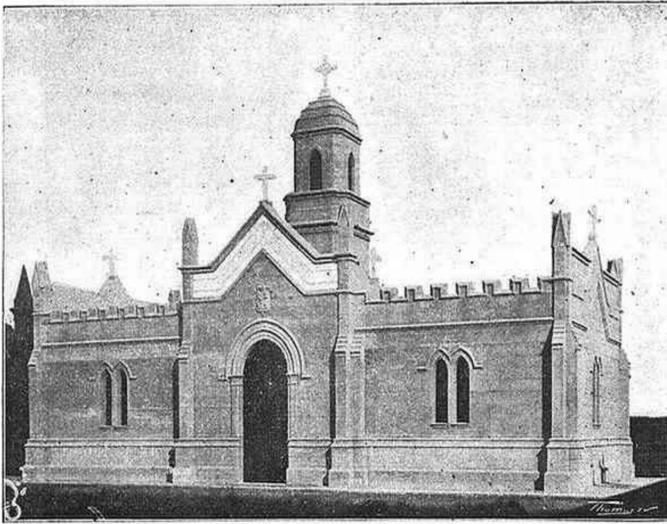
Así se expresa el Sr. Figueras, quien consecuente con su credo científico, ha basado su trascendental invención en el aprovechamiento de las vibraciones del éter, construyendo el aparato, que denomina *Generador Figueras*, con la potencia necesaria para poner en marcha á un motor, asimismo de su invención, que desarrolla una fuerza de veinte caballos. Hay que advertir que la energía que se alcanza puede aplicarse á toda clase de industrias y que su costo es nulo, puesto que nada se gasta para obtenerla. Todas las piezas se han construido aisladamente en diversos talleres bajo la dirección del inventor, quien ha mostrado el aparato movido en su domicilio de la ciudad de las Palmas.

Sostiene el inventor que su generador resolverá una porción de problemas, entre ellos los que se derivan de la navegación, porque en poquísimos espacios pueda llevarse una gran potencia, afirmando que el secreto de su invento se asemeja al *huevo de Colón*.

Con el generador puede obtenerse el voltaje y amperaje que precise, lo mismo en corrientes continuas que en alternativas, produciendo luz, fuerza motriz, calor y todos los efectos de la electricidad. Dícese que en breve marchará á París el Sr. Figueras, para constituir un sindicato encargado de la explotación de su invento.

A la galantería de nuestro buen amigo el distinguido fotógrafo de las Palmas D. Luis Ojeda, debemos la ocasión, que agradecemos, de dar á conocer á nuestros lectores el retrato de D. Clemente Figueras, á quien felicitamos por su invento, haciendo votos fervientes para que produzca los beneficiosos resultados que desea, en provecho de la humanidad, en bien de la ciencia y honra de nuestro país, que ha de enorgullecerse contándole en el número de sus ilustres hijos.

Efecto de sol en una huerta, cuadro de Gonzalo Bilbao.—El hermoso lienzo que reproducimos es digno compañero de los que exhibió Gonzalo Bilbao en la Exposición Nacional del año último, que nos cupo la suerte de poder dar á conocer á nuestros lectores. Sobradamente conocido y respetado el nombre del notable pintor sevillano, no estimamos pertinente consignar las apreciaciones y juicios que nos merecen sus obras, pues sería repetir lo que ya hemos consignado en estas columnas y recordar á los que nos lean lo que ya conocen. De ahí, pues, que nos limitemos á llamar la atención acerca del cuadro que motiva estos renglones, gallarda manifestación de la moderna escuela sevillana y del esfuerzo é inteligencia de un artista meritísimo. Los violentos contrastes que la luz produce y la franqueza y robustez de esas pinceladas, que transportan á la vez que una gama castiza y razonada, el aliento de un pintor de temperamento reconocidamente español, mas saturado de los modernos cánones, merecen los honores del aplauso y el respeto que infunde el mérito.



Panteón de la Sociedad Española de Socorros Mutuos de Ayacucho, provincia de Buenos Aires (República Argentina)

los deslumbrantes cristales, la inmensa galería ofrecía á los ojos un espectáculo incomparable.

El tsar brindó por M. Loubet y por la grandeza y prosperidad del país amigo y aliado. El presidente de la República francesa dijo que sentía gran satisfacción al hacerse intérprete de los sentimientos de sus conciudadanos, que los corazones franceses y rusos latían al unísono y que brindaba por la familia imperial y por la fiel aliada de Francia.

La jornada del miércoles fué exclusivamente militar, y todos cuantos asistieron al campo de maniobras de Krasnoé-Selo guardarán imperecedero recuerdo de la gran revista en él efectuada. M. Loubet llegó en carruaje tirado por cuatro caballos blancos, y á la derecha del mismo cabalgaba el tsar en un brioso corcel de batalla. Las tropas maniobraron operando todos los movimientos militares de guerra y parada. Después se verificó una carga de caballería en que tomaron parte 65.000 jinetes, lanzándose éstos á todo galope y parando en firme en el momento en que el tsar alzó su espada.

Al regresar á Tsarskoé M. Loubet fué invitado á una comida íntima, en la que conversó largamente con los tsares, la gran duquesa Sergia y el gran duque heredero. El tsar brindó por el ejército francés y consignó la fraternidad entre los ejércitos de los dos países, añadiendo que ambos imponen la paz general. M. Loubet contestó que la fuerza imponente de

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Así distraída, no pensaba que la mano que estrechaba la suya pudiese tener un sexo; que se le pudiese ocurrir á alguien hablar de amor en aquel sitio, lo que prueba que ella no amaba.

Alentado por aquella acogida, que atribuía á causas más lisonjeras para su persona, Carlos se hincó de rodillas y recitó un pequeño discurso bastante bien hecho, en que declaraba que no podía callar por más tiempo, á pesar del sello que había puesto en sus labios. Pero sentía sus dos corazones palpar al unísono en presencia de aquellas maravillas...

- Y ahora, concluyó, queda roto el sello.

Desde las primeras palabras, con una tranquilidad exenta de indignación, pero también de esa turbación que infunde esperanzas á los enamorados, Pascualina había retirado su mano.

Lo que muestra un lado curioso de su educación extranjera, es que la hija de Maugrabín se consideraba obligada á contestar á una petición de matrimonio, aunque Carlos había tenido el cuidado de no pedir nada.

Pero no se le ocurría la idea de que un joven bien nacido pudiese hablarle de amor, sin solicitarla para esposa. Por esto objetó, visiblemente disgustada:

- Estamos en un claustro. Hablar de cosas de este mundo en medio de las sagradas sombras que vagan bajo estas bóvedas, es una profanación. No me pregunte usted nada del porvenir terrestre donde tantas almas han buscado el olvido de la tierra.

- ¿Se hubieran olvidado de la tierra esos monjes, si hubiesen tenido al lado á la más seductora de las criaturas?

Los ojos de la muchacha se habían acostumbrado á la obscuridad, y Pascualina vió que el brazo de Carlos, que seguía postrado á sus pies, subía hasta su cintura con un gesto de buen actor en armonía con la declaración amorosa.

- Tengo frío; ¡salgamos!, dijo ella poniéndose fuera de su alcance antes de que hubiese podido terminar el gesto.

Un minuto después, se encontraba de nuevo en el patio de la Abadía, en pleno sol.

- ¿Tendrá usted la bondad de ir á buscar nuestras bicicletas?, preguntó sin otro comentario. Vamos á partir.

- El aire quema, hizo observar Carlos. ¿Por qué

no nos quedamos á la sombra de estas grandes encinas, hasta que empiece á refrescar?

- Nos refrescaremos en París.

Aquel regreso precipitado no entraba en la cuenta

Carlos se alejó, resuelto á retrasar la marcha, aunque fuese por medio de la astucia. Poco después, volvió con las manos vacías.

- Uno de los pedales de la bicicleta de usted ha perdido el tornillo. Telefoné al pueblo inmediato pidiendo un coche.

Su compañera le miró fijamente, fiándose cada vez menos de él.

- Y en el pedal de usted, ¿falta también algún tornillo?, preguntó ella.

- No... que yo sepa, balbuceó el impostor.

- Entonces, yo tomo su bicicleta.

- ¡Una bicicleta de hombre, con sus faldas! Tenga usted juicio y paciencia. Ya debe venir el coche.

Pascualina contestó dando una patadita:

- Usted no me conoce. Cuando quiero hacer una cosa, la hago. Quiero partir y partiré.

Volvió al castillo, sin decir nada más, y suplicó á la mujer del administrador que la acompañase á su cuarto. Allí cogió unas tijeras, partió su falda en dos, y la transformó, con ayuda de la complaciente señora, en una especie de anchos pantalones, como los que usan muchas ciclistas.

Media hora después, montó en la bicicleta de Carlos, que le dijo sin poder disimular su mal humor:

- Va usted á extraviarse en el bosque.

- No tema usted. Seguiré la línea telegráfica. Yo no me extravió tan fácilmente.

Y se alejó.

Carlos de Bucilly pudo entonces pasearse solo, á la sombra de las grandes encinas, esperando el coche de alquiler que le condujo á la estación, con la *Columbia* de Pascualina.

Así terminó su aventura, y con ella sus esperanzas, ó mejor dicho, las esperanzas de su madre.

Una exclamación de Carlos prueba que tenía más de un plan matrimonial en perspectiva:

- ¡Vamos! Héteme reducido á la *otra*. Mien-

tras tanto, ésta me ha dado codillo... ¡Pero me la ha de pagar, como hay Dios!

XVI

Beltrana fué puesta al corriente, aquella misma noche, de los acontecimientos de la jornada, salvo ligeros detalles que el héroe creyó prudente guardar-se para sí.

La señora de Bucilly ignoró que cierto tornillo,



Carlos se hincó de rodillas y recitó un pequeño discurso bastante bien hecho

del conquistador. Este se figuraba que Pascualina quería huir porque la había trastornado, cuando no había hecho más que disgustarla.

Interrumpir la aventura en medio del capítulo, era una falta indigna de un hombre de su experiencia. Así es que insistió con ternura:

- ¡Por favor!.. ¡Concédame usted una hora más!..

- Me gusta que me obedezcan, dijo fríamente la muchacha. Vaya usted por las bicicletas; aquí le espero.

dado por perdido, se encontraba en la faltriquera del narrador, y que Carlos había forzado un poco la nota de la seducción en la obscuridad de aquel claustro que precisamente sirvió de modelo para una de las decoraciones de *Roberto el Diablo*.

Los más grandes hombres se jactan de una astucia ó de una audacia... cuando ha tenido éxito.

Llena de admiración por el fruto de sus entrañas, aquella tierna madre no podía creer fácilmente en su derrota.

— No hay que arrepentirse de haberte declarado. Mejor hubiera sido, indudablemente, que se te echase al cuello. Pero está visto que no es su manera de proceder. Te tuvo miedo, lo cual no es lo peor que podía suceder. Después de todo, no dijo que no.

— Se burló de mí, ni más ni menos, contestó Carlos furioso. ¡Si usted hubiera visto su mirada en el momento de partir montada en mi bicicleta!.. ¡La aborrezco! ¡Y ella se figura tal vez que la amo, que tengo destrozado el corazón!.. Quiero que sepa á qué atenerse, ¡y lo sabrá, como hay Dios.

— Cálmate. Los consejos de la cólera nunca son buenos. No lo des todo por perdido. He visto realizarse muchos matrimonios cuando se les consideraba fracasados. Iré mañana á hablar con esa amazona. Si vengo á decirte que te adora, supongo que te dignarás perdonarla... y casarte con ella.

— Casarme con ella, sí. En cuanto á perdonarla, allá veremos.

Aquella misma noche, Carlos tuvo una conferencia con Norberto Leroy. Esta vez no ocultó nada de lo ocurrido.

— Le faltó á usted serenidad, juzgó el *Sibarita*. Se propasó usted, ó no se propasó bastante. Había que escoger entre dos papeles: el de Fausto, que escala el balcón, ó el de Siebel, que coloca tímidamente en él su ramo de flores. A las mujeres no les gusta un semi-respeto ni una semi-audacia.

— Hubiera querido yo verle á usted en mi lugar.

— No me hubiera visto, puesto que, según acaba usted de decir, se hallaban á obscuras. Con las mujeres...

— ¡Pardiez! Habla usted siempre de *las mujeres*, como si todas las mujeres fuesen parisienses. Hay otras, que no sabe uno por dónde cogerlas. Yo he tropezado con una de estas. No conservemos ilusiones, como mi madre; se acabó.

— Me lo temo. ¿Qué va usted á hacer ahora?

— Prepárense todos para una sorpresa. Conozco una viuda... que quizá es menos viuda de lo que dice, pero que está loca por mí.

— ¿Rica, entonces?..

— Tantos miles de francos de renta como años de edad; es decir, lo bastante para hacerme vivir con un lujo... que las personas severas calificarán de mal adquirido.

— ¿Distinguida?

— En su clase, no se puede pedir más.

— ¿En su clase?..

— Mi viuda no pertenece precisamente á la alta nobleza.

— Su papá de usted, con sus ideas, se morirá del disgusto.

— Si los disgustos pudiesen matar á mi padre, hace ya tiempo que mi madre le hubiese enterrado.

— ¡Da pena oírle á usted esta noche!

— Las lecciones de usted me han aprovechado, desde aquella otra noche en que me ofreció hospitalidad... en una otomana de restaurant. De todos mis amigos, usted es el que me ha dado más consejos y prestado menos dinero.

— Porque no quería reñir con usted.

— Mil gracias por esa prueba de amistad. Entonces, ¿continuará usted viniendo á mi casa, después de haber hecho yo mis intimaciones respetuosas, roto con mi familia y tomado por esposa á mi Providencia?

— ¿No excusa uno siempre los crímenes pasionales?

— Supongo que me hará usted el honor de creer que la pasión no entra por nada en mi caso.

— ¿Está usted, pues, tan atrasado como los doce buenos burgueses del Jurado que absuelven á las heroínas del vitriolo? ¡Pobre gente! Aún creen que la pasión por excelencia es el amor, cuando, en nuestra época positivista, es el amor al dinero. ¿No tuvo usted ganas de matar á Pascualina? ¿Y por qué?

¿Porque su hermosura le escapa? No; porque se le van á usted sus millones de las manos.

— ¡Buenas noches!, dijo levantándose Carlos.

— ¿Tan pronto? ¿Me deja usted para irse á echar en brazos de la Providencia?

— ¡A las doce! Calumnia usted su virtud... y las luces de mi entendimiento. El lazo matrimonial desde luego. Hasta después de la bendición, no doy nada.

— ¡Si Pascualina supiese qué amigo pierde!, dijo Leroy con una sonrisa que valía páginas enteras de novela pesimista.

— No sabe probablemente qué enemigo gana, contestó el héroe vencido alejándose.



Media hora después, montó en la bicicleta de Carlos

A la mañana siguiente, Pascualina se acordaba apenas de la aventura de la Abadía. En cambio, pensaba mucho en la comida que había de hacer aquella tarde con su primo.

Aquellas comidas, de una sencillez casi monacal, seguidas de una hora de conversación seria, convertíanse para la muchacha, cada vez más, en momentos aparte en su vida. Allí, y sólo allí, no tenía necesidad de representar el papel de «gran señora», que la molestaba como una armadura demasiado estrecha. Allí, y sólo allí — ¡cosa extraña! — encontraba ella su alegría, su juventud, el placer de vivir, en casa de un hombre que luchaba, sin embargo, día por día, á fin de asegurarse la subsistencia. Encontraba en él la comunidad de raza y de ideas que en vano buscaba en Mugrón y en Bucilly, sin dejar de apreciar lo agradable de su educación más refinada. Continuaba confesándose con Emilio Candiac, sin notar quizá que empezaba á estudiar su confesor mucho más de lo que ella se ofrecía á su examen.

Aquella tarde le contó su aventura del día anterior, como una experiencia que nunca había hecho.

— ¿Qué impresión te queda?, preguntó su primo, más nervioso de lo que convenía á sus graves funciones.

— El descontento de mí misma. No habiendo tenido la sangre fría de burlarme de una astucia miserable, debí tener la energía de formalizarme y de romper. En vez de eso, me marché como una tonta. La verdad es que me encontraba apurada; como una extranjería que no entiendo claramente el sentido de ciertas palabras. ¿Qué significa, en Francia, con exactitud, la palabra *amor*?

— ¿Qué te importa, puesto que no amas á ese caballero?

— Me importa mucho. En primer lugar, yo hubiera podido amarle, y entonces ¡cuál no sería hoy mi decepción! En segundo lugar, puede suceder que yo ame á alguno de sus semejantes... ¡Ay, qué espantoso se me presenta el porvenir! ¡Y yo que le creía tan sencillo!..

— Pues yo le encuentro sencillísimo, como una

cosa que hace uno mismo, pieza por pieza. Ya tengo asegurada la subsistencia de cada día. Ningún palacio vale á mis ojos lo que este rincón que me encontraste, sobre todo cuando vienes á embellecerlo. He visto bailes de millonarios, en la época de mi privanza cerca de mi tío. ¿Qué era aquello, comparado con una velada como la que pasamos... cuando no estás desanimada, como ahora? El año que viene podré darte dos principios en vez de uno. Falta saber si tu marido será un gran señor, poco satisfecho de tener un primo comerciante en caucho. No hay duda que estarás casada el año que viene.

— No es probable. Todo me aparta del matrimonio, en vez de inclinarme á él. Tú te casarás antes que yo, con tus disposiciones. Entonces todo habrá cambiado. Ya no me estará permitido ir á tu cocina á ver si todo va bien, ni abrir tu armario para asegurarme de que tu ropa está puesta en orden, ni poner flores en tus jarros. Tu mujer se pondrá celosa.

— ¡Pascualina!, gritó el loro en el fofillo

Y los jóvenes guardaron silencio durante un rato.

— ¡Pobre loro!, dijo al fin la muchacha. No tendrás más remedio que regalármelo. La señora de Candiac no soportaría que otro nombre que no fuera el suyo turbase los ecos de su morada.

— ¡La señora de Candiac ya me encoroca furiosamente! ¿Por qué no la dejamos un poco tranquila? Puedes llevarte el loro hoy mismo. A veces me pone nervioso.

— ¿Cuando repite mi nombre? Gracias por tu amabilidad.

— Mi querida prima vino hoy muy *cross*. ¿Vamos á disputarnos? ¿De qué proviene tu mal humor?

— De oírte decir que encuentras la vida muy sencilla. Diríase que eres el hombre más feliz del mundo.

— ¿Qué inconveniente hallarías?..

— Vergüenza debiera darte ser feliz, cuando yo sufro.

— ¿Tú sufres? ¿Con dos hombres encantadores que suspiran por tí?.. ¡Vamos! ¡Pues no llora!..

Pascualina no era de esas coquetas que lloran para que las consuelen. Enjugóse vivamente las lágrimas que apenas habían tenido tiempo de brotar, se levantó y se puso el sombrero delante del

espejo, con una inflexión de talle que «el Sr. Carolus» hubiera aprobado.

Sin darse cuenta de que fumaba una pipa apagada, Candiac la seguía con los ojos.

— ¿Es decir, que nos separamos reñidos?, preguntó á su prima cuando ésta hubo concluido de aviarse. ¿No debo convidarte á comer para la semana que viene?

Ella contestó sonriendo:

— No; ¿sabes por qué? Porque soy yo la que te convido. No olvido tu cumpleaños.

— ¿Tú me convidas? ¿En casa de mi tío? ¡Mejor!

— No despiertes una de mis grandes tristezas. ¡Ah! En otro tiempo, ¡cómo celebrábamos tu cumpleaños! ¿Te acuerdas?.. Al menos no estarás solo este año. Te convido... en tu casa; iba á decir en nuestra casa. Me prestarás tu cocina y tu cocinera. Lo demás corre por mi cuenta. Vendré hecha un brazo de mar. Quiero que me veas tal como vestiría si comieses en mi casa.

— ¿Y haremos las paces?

— Las paces están hechas. ¡Hasta la semana próxima!

Al pasar cerca de la jaula del loro, se detuvo.

— ¡Buenas noches, lorito! Haz compañía á tu amo.

El loro, inclinando la cabeza con aire pensativo, rióse con una risita expresiva que había aprendido de la propia Pascualina. Fué toda su respuesta. Quizá no carecía de oportunidad. Conozco seres humanos que hubieran hecho exactamente lo mismo.

En cuanto á Emilio, nunca se había sentido con tan pocas ganas de reír como cuando volvió á su casa, después de haber acompañado á su prima hasta el coche.

Cinco ó seis días después, Carlos de Bucilly, haciendo cierta compra en una gran confitería del *bulevard*, vió á la señorita Maugrabin bajar del coche á la puerta del establecimiento. No habiendo vuelto á encontrarla desde el día del paseo á Vaux-de-Cernay, no se había encontrado en el caso de determinar su nueva actitud. Manifestar su despecho con

un rompimiento, no era el mejor medio de salir airoso. Conservar sus relaciones (admitiendo que se lo permitiesen), era una comedia superior á las fuerzas de un hombre devorado por el rencor. Aquel día no quiso aún resolver la cuestión. Aprovechóse de que la tienda tenía dos piezas, fué á sentarse en el fondo, diciendo que esperaba á alguien. Separado del despacho por la simple cortina que cubría un arco, oyó á Pascualina hacer un encargo: pastelitos, un mantecado para dos personas y una botella de Rœderer helado.

— ¿Dónde hay que llevarlo, señora?, preguntó la cajera.

— A casa del Sr. Candiac, esta noche misma, contestó Pascualina.

Y añadió un número de la avenida Trudaine, que el joven Bucilly gravó en su memoria, lo mismo que el nombre del destinatario.

Si hubiese tenido mejor memoria, se hubiera acordado de que Mugerón nombró á Candiac en su presencia, meses atrás.

Pascualina salió, sin sospechar que uno de sus pretendientes acababa de encontrarse á tres pasos de ella.

Carlos observó que el cupé se alejaba en dirección opuesta al Building. Tomó un coche de punto, se hizo conducir á Passy y subió á casa de Maugrabin, donde, naturalmente, le contestaron que la señorita no estaba en casa. Dejó su tarjeta, por cuanto necesitaba conservar relaciones diplomáticas en previsión de ciertas eventualidades probables é interesantes. Al mismo tiempo, y éste era su objeto principal, se enteró de que Pascualina comía fuera — en la avenida Trudaine, sin duda.

No le faltaba más que ir allá á interrogar á la portera del afortunado Candiac. Se le contestó que aquel personaje no volvía á casa más que para comer y dormir. Durante el día, únicamente estaba visible en su oficina, cuyas señas obtuvo el policía de lance.

Candiac no era, pues, como desde luego había caritativamente supuesto Carlos Bucilly, un seudónimo empleado por Mugerón, con el objeto de crearse una existencia oculta, en un nido de amor, ignorado de todo el mundo.

Carlos volvió á subir al coche, con la fisonomía radiante. Era poseedor del secreto de Pascualina y tenía segura su venganza. Además, podía reírse del descalabro de un rival, que su espantoso escepticismo le hacía ya ver completamente feliz. Y sobre todo, podía despreciar á una mujer más. Pascualina Maugrabin, tan severa en apariencia, no era una excepción de la regla general de la indignidad femenina, descubierta y profesada por él, desde tantos otros. Era también una nueva prueba de esa hipocresía de la educación anglo-sajona, perpetuamente estigmatizada en el casino. ¡Qué triunfo le esperaba luego, cuando contase la historia entre dos cigarrillos!

— Mamá, dijo al entrar en su casa, ¿le gustaría á usted tener por nuera á una señorita que come á solas en casa de empleados de comercio, al pie de la colina de Montmartre?

— ¿Qué quieres decir?, preguntó la señora de Bucilly sin atreverse á comprender.

— Quiero decir que el proyecto Maugrabin era desdichado. Pascualina se burla del público.

— Pruébamelo, y mañana mismo rompo ruidosamente con esos yanquis.

— No corre prisa; necesito algo mejor que un rompimiento. Tengo más de una cuenta que saldar. Mi

bía salido antes. Desde que su hija era mayor de edad, y sobre todo desde que tenía una rodrigona fiel en la persona de Mad. Bucilly, el buen hombre se entregaba mejor y gozaba más de ciertos placeres honestos que su independencia le permitía. Uno de estos placeres consistía en ir á comer la *bouillabaisse* en un pequeño restaurant de cierto pasaje mal oliente, donde la prepara un ex pescador de las costas provenzales.

Para saber lo que es una verdadera *bouillabaisse*, hay que haberla comido en la cubierta de un falucho de pesca, como Pascal Maugrabin lo había hecho cincuenta años atrás. Pero Pascualina manifestaba una fuerte aversión por aquel plato especial: no hay ser humano perfecto.

Además de las delicias del gastrónomo, el *Café de Saint-Tropez* proporcionaba al millonario una diversión más delicada: la de encontrarse, durante un par de horas, mezclado con humildes burgueses de su país natal, que le daban golpecitos en el abdomen ó en el hombro, con epítetos subidos de color, tomándole por un comerciante en comestibles meridionales que ha hecho fortunita en América.

No sospechaban que la fortunita de aquel cliente, que ponía pesadamente veinticinco céntimos en la mano del camarero, valía diez veces todas sus fortunas reunidas.

Poner los codos sobre la mesa, desabrocharse el chaleco en verano, quedarse con el sombrero puesto en invierno, son placeres que no puede tener en su casa el padre de una «señorita» capaz de ser duquesa algún día.

Cuando la señorita comía fuera de su casa, Maugrabin se apresuraba á ponerse la más vieja de sus levitas y tomaba el ómnibus. Una velada en *Saint-Tropez* le consolaba de otras, pasadas en un salón «que apesataba á pomada,» en medio de una avalancha de colas que está uno seguro de romper al menor paso.

Las «señoras» de aquellos pequeños burgueses, cuando honraban el humilde restaurant con su presencia, no llevaban vestidos de cola y no desprendían perfume alguno, salvo el de ajo después de la *bouillabaisse*.

En medio de aquella sociedad inferior, que le costaba trabajo no considerar como la suya, Maugrabin tenía un amigo más querido que los otros, porque conocía Nueva York. Este amigo había ido á la gran ciudad americana ocho ó diez veces, cuando navegaba en calidad de tercer teniente á bordo de un transatlántico; pero por falta de dinero — todo su sueldo iba á parar á manos de su esposa para el sostenimiento de la familia, — Claudio Rastoul apenas había salido de á bordo durante las escalas. Pero, al menos, había podido admirar los *ferry-boats*, transportando, de una á otra ribera del Hudson, trenes enteros.

Esto bastaba para darle de aquel país una idea casi fabulosa, y por esta razón, Maugrabin le había cobrado afecto.

(Continuará.)



Uno de estos placeres consistía en ir á comer la *bouillabaisse* en un pequeño restaurant

padre, en más de una ocasión, me ha demostrado que me consideraba indigno de poner los ojos en una santa como esa. Aun á su edad, conviene que cure de semejantes ilusiones. Le haré esta cura de un modo radical. ¡Paciencia! ¡Ya verán ustedes! El mismo Maugrabin sabrá á qué atenerse sobre las ventajas del americanismo universal. Me río, desde ahora, de la idea de mi desenlace.

— Yo no me río, dijo Beltrana. ¿Qué vamos á hacer? Se nos escapa la salvación.

— La salvación vendrá por otra parte; no tema usted. Pero aquí viene papá; callemos.

XVII

Mientras tenía efecto esta conversación, Pascualina salía de su casa en traje de fiesta. Su padre ha-

EL SERVICIO DE PERROS PARA LOS HERIDOS EN LA GUERRA

EXPERIENCIAS DE LA CRUZ ROJA EN ALEMANIA, EN HOLANDA Y EN ITALIA

Ante los nuevos medios de destrucción cuyos efectos son tan terribles, con los vastos campos de batalla que hoy se necesitarían para el sangriento duelo de dos naciones en Europa, con el sentimiento de humanidad cada vez más desarrollado en el mundo y con la nueva confirmación del sagrado derecho



EL SERVICIO DE PERROS PARA LOS HERIDOS EN LA GUERRA. — Un perro de sanidad, perteneciente al ejército alemán.

(proclamado sólo en los últimos años) de la neutralidad de los heridos en la guerra, los espíritus buenos imaginan toda clase de medios para socorrer á los heridos, á los moribundos en los campos de batalla. Inútil y penoso es recordar que aun en la guerra franco-alemana de 1870 fueron deficientes los médicos y los socorros: Prusia los había llevado al campo en mayor número que Francia, la cual no estaba preparada para la guerra; sin embargo, ni aquellos médicos ni aquellos socorros bastaron á la espantosa necesidad. En la guerra turco-rusa de 1877 el gobierno de San Petersburgo había dispuesto todo lo suficiente para disminuir los destrozos y los peligros de muerte de los heridos; mas Turquía se lanzó á la guerra sin sombra de socorros en favor de sus heridos, tanto que los mismos enemigos, los rusos, se vieron obligados á prestar auxilios, en cuanto les era dable, á los heridos turcos.

La Cruz Roja, santa institución europea, está organizada de modo que puede disminuir los horrores de la guerra: en caso necesario,

pueden reunirse á la Cruz Roja compañías de voluntariosos ciudadanos para ir en busca de los heridos así que la lucha haya terminado; mas sucede á veces que los heridos, haciendo sobrehumanos esfuerzos, se retiran del campo donde granizan los proyectiles y van á guarecerse detrás de cualquier árbol, en sitio remoto, para escapar al mayor peligro: ocultos allí, no siempre son descubiertos por las ambulancias y no pueden levantar la voz ni pueden pedir socorro, ya por hallarse exhaustos á causa de la sangre perdida, ya por ser víctimas de un desvanecimiento.

De ahí la idea de añadir á los auxilios humanos los de perros pacientemente adiestrados al objeto. Todos conocemos los prodigios de heroísmo que los legendarios perros del San Bernardo realizan entre los ventisqueros y entre las avalanchas en pro de los caminantes sepultados por las nieves. En Alemania educanse para la rebusca de heridos en los campos de batalla perros de raza especial; mas todos sabemos, por los espectáculos que hemos visto de perros amaestrados, que cualquiera raza canina es capaz de doblegarse á la voluntad del hombre,

* *

En 1893 se instituyó en Lechenich (provincia del Rin) la Liga alemana para los perros de sanidad (*Deutscher Verein für Sanitätshunde*), la cual tiene por objeto amaestrar los perros para la rebusca de los heridos en los campos



EL SERVICIO DE PERROS PARA LOS HERIDOS EN LA GUERRA. El capitán Ciotola y sus acompañantes

de batalla. M. Bungartz, presidente de la Liga, y los Sres. Römmele, Pluskew, Borchering, etc., rivalizan en celo por extender cada vez más la eficacia de su iniciativa. Un egregio oficial italiano, Ernesto Ciotola, capitán de infantería, obtuvo de sus superiores permiso para ir á aprender en Lechenich el método para adiestrar á los amigos del hombre en el delicado servicio de los heridos; y de vuelta de su viaje de instrucción, el capitán Ciotola dió una interesante conferencia sobre este asunto, en la cual repitió las palabras escritas por M. Bungartz, en 1899, en un relato sobre la acción de los «perros de sanidad.»

«El perro — dice este benemérito filántropo, — provisto de vendas y de substancias reconfortantes, avanza silencioso por el bosque, registrándolo minuciosamente, y cuando encuentra á un herido, se agacha junto á él. Si el herido es dueño todavía de sus manos, puede sacar inmediatamente de la alforja del perro un cordial, y el animal vuelve presuroso hacia su dueño y le acompaña hasta donde está el herido: de este modo puede aquél con urgencia ponerle un vendaje y el herido ser socorrido. Si es de noche, se cuelga del cuello del perro una campanilla y se pone encima de su pequeño equipaje una linterna para que pueda seguirle más cómodamente su dueño, quien también lleva una linterna con un reflector.»

* *

Ciertamente que en los campos de batalla se emplean en la actualidad los reflectores eléctricos para descubrir de noche los heridos; pero no siempre sus fúlgidos rayos pueden penetrar á través de los matorrales ó en los tortuosos terrenos ó bosques adonde se trasladan instintiva y trabajosamente los heridos para escapar de la lluvia del mortífero plomo.

Los resultados de la «Liga alemana para los perros de sanidad» son hasta ahora satisfactorios. Mas no puede pretenderse demasiado de estos perros: no puede hacerseles á un mismo tiempo portadores de despachos y rebuscadores



EL SERVICIO DE PERROS PARA LOS HERIDOS EN LA GUERRA. Un perro de la Cruz Roja auxiliando á un herido

de heridos. En una de las recientes guerras de los ingleses (contra los matabeles) un perro que debía llevar un aviso á determinado punto, encontró en su camino á un herido, y entonces soltó el pliego y lo abandonó para asistir al soldado. En Holanda los perros de la Cruz Roja están dedicados exclusivamente á los heridos.

El adiestramiento de un perro reclama paciencia infinita. Para conseguir, el objeto, es preciso abandonar en absoluto los latigazos y emplear, por el contrario, halagos y caricias: conviene *hacer interesante* al perro su deber benéfico: conviene hacérselo amar. En Lechenich se han instruído hasta la actualidad cuarenta perros, que han sido alistados en el ejército alemán, destinándolos á varias «columnas de sanidad.» Háseles instruído gradualmente, simulando heridos ocultos aquí y allá. M. Bungartz, Presidente de la Liga alemana, describe de este modo en su relato la primera experiencia nocturna en un batallón alemán, el n.º 8:

«El señor mayor De la Terosse, comandante del 8.º batallón, me comunicó, el 1.º de agosto de 1899, que la prueba de los perros debía tener lugar á las nueve de la noche del 7 de agosto, con motivo de las maniobras nocturnas, y á las ocho del 8 en el Harthause. Iba, pues, á cumplirse nuestro ardiente deseo de hacer la primera presentación oficial de nuestros perros con ocasión de un gran simulacro militar. Fácil es juzgar con qué ánimo nos encontramos en el Harthause con cuatro perros, muy cerca del anochecer, el suscrito (M. Bungartz), mi hijo, el Sr. Moers, de Hilden, y el subalterno Henn: mucho, si no todo, dependía de tal ensayo. Y éste debía satisfacer, como satisfizo, de un modo completo.»

En Italia se efectuaron también experiencias á principios de 1893 y 94, y suspendiéronse á principios de este año por orden ministerial. Pero el capitán Ciotola, que posee ya seis perros *Collie*, semejantes á los empleados en Alemania, vuelve á intentar las pruebas, parece que con feliz resultado.

CHIMENEA DE FÁBRICA EN MADERA

En principio los americanos emplean los materiales que tienen á mano, porque resultan más baratos y permiten emprender una obra inmediatamente, y lo mismo construyen en madera puentes, acueductos, tubos y aceras, que emplean este material en la construcción de las grandes chimeneas de fábricas. Este último caso se presenta en territorio americano, sino en Méjico, en donde, desde el punto de vista industrial, son ley los procedimientos americanos.

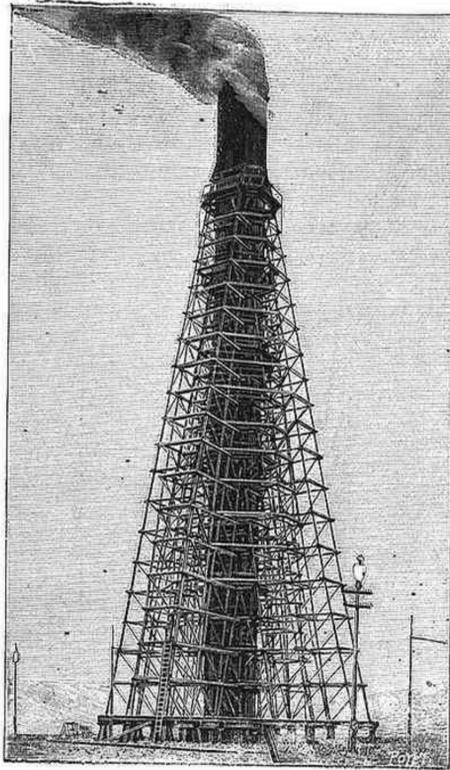
Esta chimenea ha sido construída por la Compañía minera de Peñoles, hará aproximadamente cuatro años, por la modesta suma de 10.000 dólares mejicanos: la madera se imponía por no existir ladrillales en toda la región; por otra parte, el coste de semejante obra en ladrillo no hubiera bajado de 40.000 dólares. Esta chimenea mide 54 metros de altura, y una escuadria (si se nos permite esta palabra) de tres metros: constitúyena fuertes tablas de 2'50 metros, pero todo el interior está revestido de hojas de acero ondulado para impedir que los gases calientes carbonicen la madera. Es conveniente advertir que, para evitar toda probabilidad de un incendio total, á cada doce metros se ha dispuesto una plataforma de observación con una toma de agua: ésta sirve también para combatir un amago de incendio, que se patentizaría indudablemente por el humo que se produciría. Estas plataformas descansan sobre arbotantes de carpintería que están dispuestos en torno de la chimenea, siguiendo los vértices de un triángulo: estos arbotantes estriban en la base sobre estacas hincadas en el suelo. Los humos de los hornos llegan á la chimenea por un conducto construído en ladrillo y hundido en parte en tierra.

La chimenea de la Compañía minera de Peñoles, de que damos en esta página una reproducción exacta, presta servicio hace más de tres años, y su revestimiento resiste á los vapores arsenicales. La construcción se llevó á término en seis semanas por obreros indígenas, dirigidos solamente por el maestro de obras y un capataz. - C. N.

NUEVO SERVICIO DE PARIS A LONDRES

LOS FERROCARRILES MÁS RÁPIDOS DEL MUNDO

La Compañía francesa del Norte, de acuerdo con la del camino de hierro inglesa del South Eastern y Chatam, ha inaugurado este mes un nuevo servicio



CHIMENEA DE FÁBRICA EN MADERA

desde París á Londres y viceversa, de una velocidad excepcional. Se sale de París á las 4, para llegar á Londres, por Boulogne-Folkestone, á las 10'45, ó sea en 6 horas 45 minutos, y á la vuelta se sale de la estación de Charing-Cross á las 2'20, para llegar á París á las 9'15, ó sea en 6 horas 55 minutos.

En el recorrido francés, entre París y Boulogne, el tren consagrado á este servicio es uno de los más rápidos de las redes francesas. Su velocidad comercial, la correspondiente al tiempo empleado para efectuar el recorrido total, comprendidos paradas y retrasos, es de 90 kilómetros por hora.

La siguiente estadística bastará á demostrar que la nación vecina lleva gran ventaja sobre Inglaterra y sobre América en la cuestión de la velocidad de los trenes.

En los Estados Unidos el ferrocarril de largo recorrido más rápido es el que va desde Nueva York á Búffalo (708 kilómetros) en 8 horas 7 minutos, ó sea, á razón de 87'200 kilómetros por hora.

En Inglaterra el primer lugar corresponde al rápido de Londres á Edimburgo (635 kilómetros en 7 horas 29 minutos), ó sea 84'800 kilómetros por hora.

En Alemania sólo merece mencionarse el de Berlín-Hamburgo (286 kilómetros en 3 horas 22 minutos), ó sea 80'900 kilómetros por hora.

En Francia los ferrocarriles de mayor velocidad, después de los nuevos horarios de 1902, son, partiendo de París: el rápido de Marsella (863 kilómetros), á 70 kilómetros por hora; el rápido del Havre (228 kilómetros), á 76 kilómetros por hora; el Oriente-Expreso, entre París y Nancy (353 kilómetros), á 78 kilómetros por hora; el Sur-Expreso, entre París y Burdeos (585 kilómetros), á 85 kilómetros por hora; el tren directo de Colonia, entre París y la frontera belga (238 kilómetros), á 90 kilómetros por hora; el nuevo rápido de Boulogne, servicio de Londres (253 kilómetros), á 90 kilómetros por hora; y el expreso de Lilla (251 kilómetros), á 91 kilómetros por hora.

«Se nos objetará, dice un periódico francés, que en América, sobre recorridos más cortos, se obtienen aún mayores velocidades: el ferrocarril desde Filadelfia á Atlantic-City franquea en 59 minutos la distancia de 96'600 kilómetros que separa á ambas ciudades, lo que implica una velocidad comercial de 98'300 kilómetros por hora; pero nosotros podemos contraponerle victoriosamente el ferrocarril de lujo Mediterráneo-Calais, que va de París á Amiéns (130'600 kilómetros) en 1 hora 17 minutos, ó sea con una velocidad de 102 kilómetros por hora.»

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

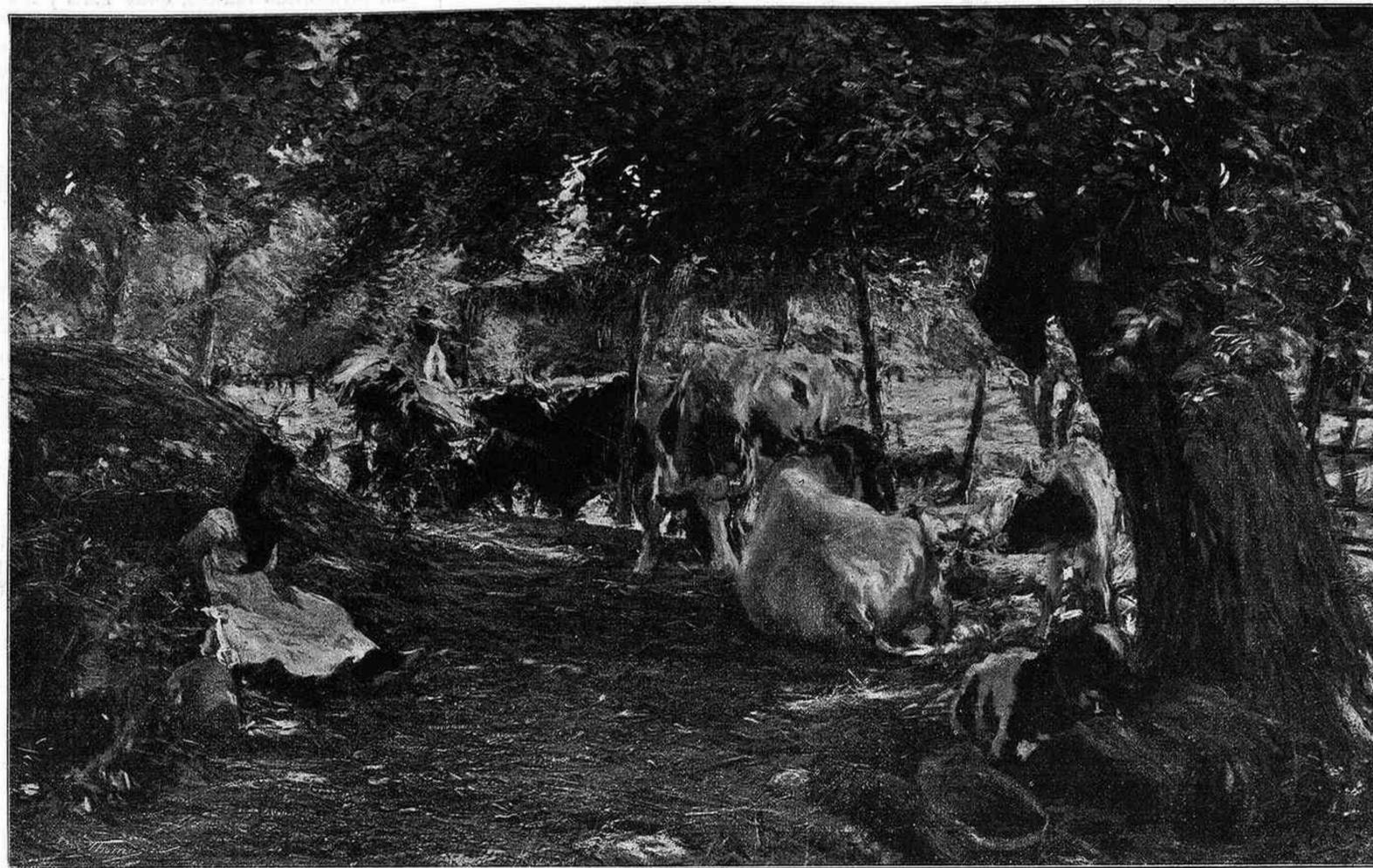
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fabrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Efecto de sol en una huerta, cuadro de Gonzalo Bilbao

PAPETE ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPETRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS DRES
JORET HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 Fia G. SEGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS ANEMIA, CALENTURAS, etc.
QUINA-LAROCHE
 Premio de 16.600 francos
 EL MISMO FERRUGINOSO EL MISMO FOSFATADO
 Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Paris, 20 et 22, rue Drouot Y FARMACIAS. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

Venta annual de los Productos Nestlé 39 millones de botes.
Harina Lacteada NESTLÉ
 ALIMENTO COMPLETO para Niños y Viejos.
 Contiene la Leche pura de Suiza.
 Consumo diario de Leche: 184,000 Litros.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PARCIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILLIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN